

NOTAS DE LA RESISTENCIA. DESCRIPCIÓN DEL TOTALITARISMO EN NADIEZHDA MANDELSTAM

José Miguel SERRANO RUIZ-CALDERÓN

Departamento de Derecho Internacional,
Eclesiástico y Filosofía del Derecho
Facultad de Derecho
Universidad Complutense de Madrid
jmserran@ucm.es

RESUMEN

Los dos tomos de memorias de la escritora y profesora rusa Nadiezhda Mandelstam están concebidos como un recuerdo, un intento de mantener viva la memoria y la obra de su marido el gran poeta Ossip Mandelstam. Sin embargo, superan este propósito y constituyen un testimonio esclarecedor sobre la vida y la resistencia de los seres humanos en el régimen totalitario, así como una denuncia de las miserias que acompañan a dichos sistemas.

Palabras clave: Derecho y literatura, totalitarismo, autobiografías, Ossip Mandelstam.

ABSTRACT

The two books of memoirs by Russian writer teacher Nadiezhda Mandelstam have been conceived as a memory, as an attempt to keep the memory and work of her husband, the great poet Ossip Mandelstam, alive. Nonetheless, they go beyond goal and make it a clear testimony of life and resilience of human beings in totalitarian regimes. It also speaks out against the disgracefulness such regimes involve.

Keywords: Law and Literature, Totalitarianism, Autobiographies, Ossip Mandelstam.

ZUSAMMENFASSUNG

Die beiden Memoirenbände der russischen Schriftstellerin und Pädagogin Nadiezhda Mandelstam sind als Memoiren konzipiert, als Versuch, das Andenken und das Werk ihres Mannes, des großen Dichters Ossip Mandelstam, lebendig zu halten. Sie geben jedoch über diesen Zweck hinaus und sind ein erhellendes Zeugnis für das Leben und den Widerstand von Menschen unter totalitärer Herrschaft sowie eine Anprangerung des Elends, das solche Systeme begleitet.

Schlüsselwörter: Recht und Literatur, Totalitarismus, Autobiographien, Ossip Mandelstam.

He denominado a estos escritos *Notas*. No son como las que publicó en su momento el escritor colombiano Nicolás Gómez Dávila, antecedentes de sus famosos escolios¹, que son reflexiones al hilo de las lecturas. Haría falta una vida como la suya leyendo constantemente una seleccionada biblioteca de treinta mil volúmenes en una actividad que llamó biblioterapia para realizar el tipo de notas que él publicó en principio en forma casi obligada y a cargo del autor. Ciertamente es imposible seguir su ritmo de lecturas y aún más imitar su prosa, directa, precisa, destilada. Nicolás Gómez Dávila, preso quizás de una falsa modestia, encubre su propósito:

«Ya que el orgullo me calla, intentaré entregarme a las delicias de una meditación que nada interrumpe. Inicio aquí un desfile monótono. Sin presumir una importancia de que carecen estas notas, las escribo con una sencillez desinteresada, similar a la de nuestra actitud ante las imágenes que preceden al sueño. Las proclamo de nula importancia, y, por eso, son notas, glosas, escolios; es decir, la expresión verbal más discreta y más vecina del silencio»².

De forma que esas notas son la predestilación de los escolios. El laboratorio de donde surge la sentencia, el comentario, el verso gnómico. Estas que aquí presento, por el contrario, son un mero ejercicio para probarme que puedo seguir escribiendo y que me adapto a la forma (parcialmente) fragmentaria que se ha hecho el signo de identidad de la literatura de nuestro tiempo. Tanto leer escritores fraccionarios, escoliastas o anotadores debía tener sus consecuencias. Estas *Notas* serían entonces el antecedente de un escrito más largo o quizá no sería antecedente de nada. Ciertamente la literatura escoliasta es extraordinariamente difícil. No tiene los recovecos y pantallas del sistema. Entre nosotros los juristas tan solo Pérez de los Cobos ha logrado algo realmente valioso. Sigo con la abstención de bioética a la que indudablemente acabaré volviendo y solo escribiré más adelante sobre Tucídides o Gómez Dávila, mis últimos intereses y que siempre están ahí. Me propongo escribir de forma no sistemática sobre Nadiezhda Mandelstam y el tipo de libertad que surge de su resistencia totalitaria. Luego podría vincular esta libertad con la que describe, afirma y niega otro gran ruso, Fiodor Dostoievski, e intentar vincularla con *El poema del*

¹ No me resisto a citar la selección que hicimos para Atalanta y que llamamos «Breviario de Escolios». Vid. N. GÓMEZ DÁVILA, *Breviario de Escolios*, Gerona, Atalanta, 2018.

² N. GÓMEZ DÁVILA, *Notas*, Bogotá, Villegas Editores, 2003, p. 50.

gran inquisidor. Y es que el novelista ruso fue antecedente de lo que pensaba el poeta Ossip y luego recoge no solo la esposa de este, Nadiezhda, sino también la propia poeta Anna Ajmatova, sobre la situación en la que quedaría el hombre una vez deificado y una vez que el socialismo construyese una Iglesia invertida³. En su momento me pareció una gran idea para un libro, pero temo que esto me obligue a estirar el material, que es, con diferencia, lo más odioso que puede hacer alguien. Recuerdo en este sentido la segunda parte de la sentencia de Baltasar Gracián «y aún lo malo si breve menos malo». Quizá la cosa dé para un estudio o al menos para un conjunto de notas.

Por otra parte, el adoptar la forma de notas desde el principio me sirve para evitar el riesgo sistematizador al que estamos sometidos todos los que hemos explicado Teoría del Derecho y junto a esto eludir la reducción de un pensamiento tan complejo como el que muestra una persecución durante más de cuarenta años en un régimen totalitario y, sobre todo, sus observaciones contradictorias sobre la naturaleza humana.

Nos fijaremos también en algunas de las clásicas autobiografías de mujeres rusas en el gulag. Entre otras la de la viuda de Bujarin, Anna Lárina, titulada *Lo que no puedo olvidar*⁴. Podríamos pensar que tras leer la verdadera experiencia de quienes habían pasado por los campos quizá fuera preciso modificar algunas de las impresiones que nos habían dejado las dos autobiografías de Nadiezhda Mandelstam. En mi recorrido personal había llegado antes a la memorialista y profesora, viuda de Ossip Mandelstam, a través de la relación «literaria» con Ajmatova. Mi primer amor de todas estas rusas sobre las que me había ilustrado Julia Escobar. Influencia que se debía, en principio, al hecho de que Nadiezhda era la memoria del gran poeta ruso Ossip Mandelstam y describía un mundo literario donde desfilaban desde Ajmatova a Pasternak.

Ajmatova tuvo una enorme amistad con Ossip y Nadiezhda, aunque estuviese convencida, según palabras de Nadiezhda, de que todos los hombres se enamoraban de ella. Esta observación humorística y moderadamente malévolamente se ve ratificada por la propia Anna cuando en sus escritos sobre Mandelstam, tras hablar de sus paseos por el Petrogrado revolucionario, añade: «Después de ciertas vacilaciones, me decidí a recordar en estas notas algo que me vi obligada a explicar a Ossip: que no debía-

³ N. MANDELSTAM, *Hope abandoned*, London, The Harvill Press, 1972, p. 20.

⁴ A. LÁRINA, *Lo que no puedo olvidar*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2007.

mos quedar con tanta frecuencia, que eso podía dar a la gente material para interpretar erróneamente nuestra relación»⁵.

Concedamos, sin embargo, que incluso para los parámetros de la bohemía peterburguesa de los dos primeros decenios del siglo XX Ossip resultaba muy «enamorado».

Ajmatova era muy suya, pero, pese a sus desgracias personales y especialmente la pésima relación con su hijo, ha quedado como la memoria de las generaciones casi destruidas por el comunismo y es probablemente la que queda más cerca del programa Acmeista de vincular lo cotidiano, especialmente el lenguaje, con lo universal.

Sobre Nadia, con la que mantendría una estrecha y a veces tensa amistad, nos dice:

«En verano de 1924 Ossip Mandelstam trajo a mi casa (Fontanka, núm. 2) a su joven esposa. Nadiusha era lo que los franceses llaman una *laide, mais charmante*. Ese día comenzó mi amistad con Nadiusha, que continúa hasta hoy.

Ossip quería a Nadiezhda de una forma increíble, inverosímil. En Kiev, cuando a ella le extirparon el apéndice, él no salió del hospital y vivió todo el tiempo en un cuchitril de la portería del hospital. No dejaba que Nadia se alejara ni un paso de él, no permitía que trabajara, sentía celos disparatados»⁶.

La viuda de Ossip sufrió las persecuciones y el hambre, pero nunca estuvo en el campo de concentración ni en sentido estricto fue interrogada durante una detención, aunque sufrió las inquisiciones propias del sistema socialista, el interrogatorio durante la detención de su marido. También tuvo que huir de la persecución del NKVD, de la que la libraron obreros de una fábrica en la que encontró trabajo precario. Finalmente conoció el amargo pan de las personas de origen judío, la expulsión de la enseñanza universitaria por ser cosmopolita. Pese a ello, Nadiezhda es la memoria de Ossip y de otros que no cedieron, de algunos que no se sometieron, al menos en el interior de su conciencia, al régimen totalitario. Lo especial de las memorias de Nadiezhda Mandelstam no es la intensidad del sufrimiento, aunque estuvo tres veces a punto de morir de inanición y aunque le propuso el suicidio a Ossip, quien, a su vez, había intentado quitarse la vida durante un delirio en su primer destierro e incluso antes en su deten-

⁵ A. AJMATOVA, *Mandelstam*, Madrid, Nórdica, 2020, p. 35.

⁶ *Ibid.*, pp. 37-38.

ción en Moscú: «Resultó que Mandelstam se había cortado las venas y que el arma empleada fue una hoja de afeitar»⁷. El poder soviético, por cierto, se tomó muy mal que hubiese colado una cuchilla en la celda oculta en un dobladillo. Hay una pasión totalitaria en que las muertes sean conforme al reglamento y un especial cuidado en que la gente no se mate antes de ser sometida al humillante juicio o se libre después de la condena de la humillante ejecución.

Luego, en un cambio radical de actitud, Ossip se volvería un enemigo de la huida a través del suicidio. En sus momentos de especial lucidez pronuncia las palabras, para mí definitivas, sobre la obligación de vivir; palabras que luego tuvieron influencia en la resistencia de Nadiezhda, que no caería en la desesperación de otra gran poeta, Marina Tsvetaieva, que se suicidaría a su vuelta a la Unión Soviética. Suicidio que tuvo lugar en la pequeña cabaña en la que apenas sobrevivía tras haber perdido a toda su familia en el reencontrado paraíso socialista: «El pensar en esa última solución me consoló y tranquilizó toda la vida y muchas veces, en diversos periodos insostenibles de nuestra existencia, le proponía a Mandelstam el suicidarnos juntos. Mis palabras suscitaban siempre un brusco rechazo por su parte. Su argumento principal era el siguiente: “¡Qué sabes tú de lo que aún puede ocurrir! La vida es un don al que nadie tiene derecho a renunciar”». También recuerda Nadiezhda un último argumento que es el más convincente para mí: «¿Por qué se te ha metido en la cabeza que debes ser feliz?». Mandelstam era un ser lleno de amor por la vida que jamás buscó el infortunio, pero tampoco orientó su vida en busca de la llamada felicidad. Para él esas categorías no existían⁸. En la relectura de Nadia Ossip no vincula su oposición al suicidio con Dios, sino con el verdadero sentido de la vida que es específicamente vivir la vida que se nos ha dado. También hay quien piensa, y es un argumento que no puede despreciarse, que, por ejemplo, Tsvetaieva no encontró la mano amiga que de una forma u otra encontraron todos estos que evitaron el suicidio, empezando por los dos Mandelstam.

Nadiezhda no estuvo en los campos y, aunque perdió un marido, no mataron a tres de sus allegados (entre exmaridos y amantes, como a Ajmatova) y como no tuvo hijos no pudo sentir el sufrimiento de su amiga con las dos largas condenas de su hijo. Tampoco sintió el odio del amado que marcó a Anna Ajmatova por la reacción de ese único hijo Lev, el que

⁷ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, Barcelona, Acantilado, 2012, p. 132.

⁸ *Ibid.*, p. 102.

tuvo con el poeta Nilolai Gumiliov, que se consideró abandonado por su madre e incluso llegó a acusarla de haber utilizado su sufrimiento como recurso poético.

Pero no solo es el sufrimiento inmediato lo que cuenta. También se sufría por los amigos, y es que, frente a las previsiones de George Orwell en su novela distópica *1984*, siguió habiendo amigos. Dice mucho de algunos literatos rusos que sostuvieran la amistad incluso en los tiempos de persecución, cosa menos habitual en el caso de los miembros del Partido. De hecho, Ajmatova acompañó a Nadiezhda y, por ejemplo, estuvo presente en la primera detención de Ossip: «La orden de arresto la había firmado Yagoda en persona. El registro se prolongó toda la noche. Buscaban poesías, andaban entre los manuscritos sacados de un baúl. Nos quedamos todos en la misma habitación. Apenas había ruido. Tras la pared, en casa de Kirsánov, tañía una guitarra hawaiana. Presencí cómo el juez instructor encontró “lobo” (Por la bravura resonante de los siglos venideros...) y se lo enseñó a Ossip Emilievich. Este asintió en silencio. Se lo llevaron a las siete de la mañana»⁹. Esta sería la primera detención, la que le condenaría tras un primer destierro a vivir a más de 100 kilómetros de las grandes ciudades, luego, tras el aparente perdón, vendría la emboscada que le prepararían sus «compañeros» escritores en la Casa de Reposo donde se produciría la detención definitiva.

El que podríamos denominar sufrimiento por el cercano, que se unía al de la persecución propia, lo compartió Ajmatova con muchas madres, las que nunca abandonaban, y dio lugar a *Requiem*, otro glorioso alegato contra el totalitarismo.

Los dos volúmenes de Nadiezhda Mandelstam subrayan cosas de las que nos advertía Orwell y que en buena medida justificarían su pesimismo en obras como *1984*. La primera observación reseñable es la dificultad de la libertad interior en un régimen totalitario. No digamos si en vez de conformarnos con una mínima expresión exigimos lo que se ha denominado la *joie de vivre* de Ossip que le llevaría a su poema casi suicida sobre *El montañas del Kremlin*. Otra observación también explícita de Orwell se refiere a las pocas obras de resistencia que probablemente resistirían a un régimen de este tipo. Este es el largo párrafo que Orwell publicó el 14 de abril de 1944: «¿Por qué es falsa esta idea? Paso por alto una realidad, y es que las dictaduras modernas no dejan abiertas las lagunas y escapatorias que sí quedaban en los despotismos a la antigua usanza; paso por

⁹ A. AJMATOVA, *Mandelstam, op. cit.*, p. 48.

alto el probable debilitamiento del deseo de libertad intelectual debido a los métodos educativos del totalitarismo. El mayor error consiste en suponer que el ser humano es un individuo autónomo. La libertad secreta que supuestamente se puede disfrutar bajo un individuo despótico es una tontería, ya que nuestros pensamientos no son nunca entera y privativamente nuestros... Y cuando se destape Europa, creo que una de las cosas que más nos sorprenderán será el hallar qué pocos escritos de calidad, de la clase que sea —incluidos los diarios, por ejemplo—, se han producido en secreto entre nosotros»¹⁰.

El texto de Nadiezhda, por un lado, corrobora y, por otro, desmiente la afirmación. Pocos han sido los escritos de las características que detallaba Orwell, pero eso no significa necesariamente que no se redactaran, sino que pudiera ser que no sobrevivieron a las continuas purgas, a las quemaduras de papeles de los mismos autores y al exterminio de familias enteras de resistentes. Igualmente tenemos que pensar que mucho nos ha llegado de forma oral, lo que no significa que no existiese el pensamiento. Así, Orwell peca de ingenuo, a pesar de su experiencia en España, con la acción estalinista, aunque es probable que fuera menos sistemática hacia el bando rojo o rojinegro de lo que lo sería en el control estalinista de las posibles desviaciones. La idea de que una persona medianamente inteligente escriba un diario crítico con sus pensamientos íntimos bajo el estalinismo es inverosímil. De hecho, la destrucción de papeles era una actividad continua y la mayor parte de lo que tenemos es recordado con gran dificultad tras el deshielo, cuando algunos de los grandes opositores se atrevieron por fin a escribir y sus textos circularon en *samizdat*. Esta forma de literatura de la que tenemos numerosos ejemplos se extendió con posterioridad en lo que se ha denominado el posttotalitarismo. Evgenia Ginzburg, de hecho, escribió su magnífico libro mucho después de su liberación y una primera versión en 1959 en pleno deshielo que nunca se vería publicada oficialmente en la época soviética:

«Comencé a escribir de una forma continuada, capítulo tras capítulo, a partir del año 1959. Pasábamos entonces nuestras vacaciones en la Ucrania subcarpática. Sentada sobre un tocón, a la sombra de un viejo nogal, escribía con lápiz en un cuaderno escolar colocado sobre mis rodillas. Aún tuve tiempo de leerle los primeros capítulos a Antón, aunque él estaba muy enfermo, desahuciado. Y entonces sentí el primer escalofrío de terror al

¹⁰ G. ORWELL, «A mi antojo», en *Matar a un elefante y otros escritos*, Madrid, Turner, 2021, pp. 191-354.

darme cuenta de la proximidad de su muerte: cuando comenzó a llorar al final del capítulo titulado “Las noches de la Butirka”»¹¹.

No obstante, otros autores han creído encontrar una literatura en correa de abedul severamente ocultada en los campos.

Respecto a la naturaleza del hombre y el carácter propio de este bajo el totalitarismo, si se quiere la forma en la que estos regímenes moldean al ciudadano, es preciso tener en cuenta que aun cuando parece que los escritos de Nadiezhda dan la razón a Orwell por la perversión del ciudadano medio soviético, en lo que se refiere a la capacidad del totalitarismo de aplastar todo asomo de humanidad libre, el asunto no es tan sencillo. Pese a la enorme presión que significó el estalinismo, probablemente, con su hijo el maoísmo, el proyecto más prolongado y exitoso de destruir la individualidad en la historia de la humanidad, hay indicios que apuntan a un fracaso del proyecto. Por ejemplo, y por mantenernos en el escenario en que nos venimos moviendo, la reaparición de Ajmatova tras la guerra, aunque fuera brevemente aplaudida en el Palacio de Columnas de Moscú (para volver a ser tachada de medio monja y medio puta en los órganos del Partido pocos días después)¹², y su exaltación en el deshielo muestran que miles de ciudadanos no habían tragado con la manipulación totalitaria. Ciertamente, podemos preguntarnos si los permisos a Ajmatova, ya anciana, para viajar a Italia y luego a recibir el doctorado *honoris causa* por Oxford no fueron más que una acción de relaciones públicas provocada por el desastre de imagen tras el comportamiento con Pasternak al recibir el Nobel al que debió renunciar. Es más, como actitud general, los nietos de la Revolución se volvieron violentamente contra ella: *¿Quién os pidió que hicierais la revolución? Antes se vivía mejor*¹³.

En su segundo volumen de memorias Nadia se detiene en los funerales de Anna Ajmatova, la poetisa maldita, en San Petersburgo. Dice que habitualmente son los vivos los que velan a los muertos, pero añade que la única vez que vio caras vivas en San Petersburgo-Leningrado fue en los funerales de Ajmatova cuando un montón de rostros jóvenes, inmunes a años de intento de descrédito, acudieron a la Iglesia de San Nicolás sobre el Mar —probablemente la primera vez que acudieron a una Iglesia— para honrar a la escritora, sin conocer los ritos ortodoxos. Este es el tipo de victoria que cabe esperar en la vida que describe Nadia. El entierro de Ajma-

¹¹ E. GINZBURG, *El vértigo*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2005, p. 848.

¹² E. JORDÁ, *Anna Ajmatova*, Málaga, ZUT, 2021, pp. 131 y ss.

¹³ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 503.

tova, la resurrección literaria de Ossip o el enorme prestigio contemporáneo de las memorias de Nadiezhda Mandelstam¹⁴.

A Evgenia Ginzburg, por ejemplo, le sorprendió gratamente la recepción de los jóvenes de las ciudades normales alejadas de los campos al encontrarse ante lo que ellos llamaban los héroes del 37:

«Lo repito, somos unas víctimas. Unas víctimas, no unos héroes...

—Pero han tenido valor para soportar todo aquello —objetó el muchacho de las gafas.

—Entonces, las flores son porque tenemos siete vidas, como los gatos —bromeó, un poco brutalmente, Anastasia Fiodorovna.

Aquel encuentro y aquella conversación con unos jóvenes desconocidos se iban a grabar para siempre en mi memoria. Era el primer testimonio de que la gran mentira no había podido convencer a todo el mundo y de que muchas personas, sobre todo entre los jóvenes, alimentaban una secreta simpatía por los inocentes martirizados»¹⁵.

Lo dijo Nadiezhda al referirse al punto de vista de los verdugos, ciegos ante la capacidad de resistencia de la población: «Pero se equivocaba, al igual que otros dirigentes de nuestra época a quienes jamás se les había ocurrido pensar que sus víctimas pudieran recordar algo y enfocar los acontecimientos no desde el punto de vista oficial, sino con su propia medida. El terror y la autocracia son siempre miopes»¹⁶. Recordemos aquí que muchos años después, en los sesenta y setenta del pasado siglo, la única literatura que leían los jóvenes era la clandestina. Nadia cuenta una curiosa exageración sobre este atractivo de los *samizdat* en las nuevas generaciones. Al parecer, una señora copió a máquina de escribir la novela *Guerra y Paz* como si estuviese prohibida para que se la leyera su hijo¹⁷.

Nadiezhda explica la resistencia del fallecido Ossip, que, en su deseo de exaltación, sitúa como origen de su propia resistencia. Caso como el modelo del que ella era, en cierta manera, espejo: «Como todo artista no se imaginaba, probablemente, que hubiera personas carentes de libertad interior; consideraba que la libertad era inalienable del ser humano como tal»¹⁸.

Como dijo el poeta y premio nobel Joseph Brodski, otro petersburgués, en el obituario de la viuda de Mandelstam: «Sus memorias son algo más

¹⁴ N. MANDELSTAM *Hope abandoned*, op. cit., pp. 100-101.

¹⁵ E. GINZBURG, *El vértigo*, op. cit., pp. 836-837.

¹⁶ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 129.

¹⁷ N. MANDELSTAM *Hope abandoned*, op. cit., p. 413.

¹⁸ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 421.

que un testimonio de su época; son una visión de la historia a la luz de la conciencia y la cultura»¹⁹.

Nadiezhdá finalmente alcanzó un nivel en sus memorias que supera el meramente individual e incluso de una generación concreta. En efecto, sus escritos no son un recuerdo exclusivo de lo que les ocurrió a ella y a Ossip, ni siquiera son una reivindicación de su marido o un relato de la dura vida de un conjunto de escritores e intelectuales de determinada época. No son tampoco unos recuerdos del hambre o de la guerra. Del hambre más feroz y de la guerra más sangrienta de la historia de Rusia. Son en sus palabras algo descarnado y salvaje, pero, paradójicamente, algo en lo que se afirma la humanidad del golpeado. Son un aullido: «Más tarde medité largamente en si debía uno aullar cuando le pegan y patean. ¿Vale más refugiarse en un satánico orgullo y responder a los verdugos con un despectivo silencio? Y decidí que debía aullar. En ese lastimero aullido que penetra de vez en cuando, y que se ignora de dónde proviene, en los sordos calabozos, casi impenetrables para el sonido, están concentrados los últimos restos de la dignidad humana y de la fe en la vida. En ese aullido, el hombre deja su huella en la tierra y comunica a los demás como ha vivido y muerto. Con su aullido defiende su derecho a vivir, envía un mensaje a los que están fuera, exige defensa y ayuda. Si no queda ningún otro recurso, hay que aullar. El silencio es un verdadero crimen contra el género humano»²⁰.

Como vemos, la expresión del aullido es propia de Nadiezhdá. Concedamos entonces que hay muchas formas de aullar y que el grito de Nadiezhdá es extraordinariamente inteligente. En prosa, como su amiga (tensa amiga, claro) Ajmatova en verso, Nadiezhdá describió el régimen soviético como ninguna persona lo había hecho antes. De ahí el valor indudable de sus dos tomos de autobiografía. Hubo autobiografías en el destierro, recuerdos de los años de la Revolución, también hay recuerdos de los campos. Una memoria entonces de la persecución serviría para la composición completa del cuadro de lo que significaron para muchos los acontecimientos que llevaron a la aparición del totalitarismo. Pero Nadiezhdá es una escritora singular y sus memorias dejan el impacto de su clarividencia. Sus escritos son indispensables, en primer lugar, para describir la percepción de los perseguidos y la forma en que estos, contra toda esperanza, sobrevivieron al horror del totalitarismo. Se trata de no hacerse ilusiones y de no ceder, al menos en la comprensión de lo que ocurre, aunque no

¹⁹ *Ibid.*, p. 18.

²⁰ *Ibid.*, pp. 80-81.

se pueda hablar ni con los más íntimos. Nadiezhda es igualmente precisa en la caracterización de los verdugos, sus colaboradores y su Derecho. La contundencia de Nadiezhda se sostiene en su lucidez no en el resentimiento. Pocos incluso de los supervivientes a los propios campos la alcanzan. Junto a un Solchenitsyn entiende cómo el socialismo llevó al más horrendo de los sistemas totalitarios. El abandono de la persona concreta y la subordinación de la conciencia, convertida en conciencia revolucionaria y luego en adhesión a la marcha de la historia, fueron los primeros pasos. Sabe que la desviación del humanitarismo se produjo antes de la revolución, que el error no es una peculiar perversión dentro del socialismo, sino que fue la premeditada decisión de convertir a las personas en prescindibles en aras del ideal. Como dice Nadia, todo este derramamiento de sangre se hizo en nombre de la felicidad de la gente. Incluso Pasternak parece haber creído por un momento en la felicidad de la gente, pero era incapaz de perder totalmente de vista la realidad como hicieron los ideólogos y pensaba que la felicidad de todos debía vincularse a la felicidad de cada uno²¹. En este sentido, su larga experiencia le hace más clarividente que Ossip, vinculado aún por el compromiso del Cuarto Estamento, y es superior a las bolcheviques que creyeron que el culto a la personalidad, evidentemente, de Stalin había secuestrado al partido. O peor aún, de quienes años después, pese a haber sufrido una grave desgracia personal, seguían alabando a Stalin.

Las cosas son más complicadas de lo que sugiere un primer vistazo o de lo que construyen los personajes novelescos de las distopías desde *Nosotros* de Zamiatin en adelante. El sujeto resistente, más aún el artista, oscila entre la resistencia, el valor, la esperanza de cambio y la desesperanza y el miedo. Nadie mejor que Ana Ajmatova para decirlo, refiriéndose a un Ossip al que iba a visitar a Voronezh, en unos versos que comienzan desoladores:

«Y la ciudad se alza helada.
Bajo el vidrio: los árboles, los muros, la nieve».

Y que culmina en el inolvidable final de este poema, fechado el 4 de marzo de 1936:

«Mientras, en el cuarto del poeta caído en desgracia,
El miedo y la musa velan por turnos.
Y la noche avanza,
Una noche que no conoce amanecer»²².

²¹ N. MANDELSTAM *Hope abandoned*, op. cit., p. 132.

²² A. AJMATOVA, *Mandelstam*, op. cit., p. 89.

El llamado Juramento del Cuarto Estamento es una lealtad de un sector de la *intelligentsia* o, más precisamente, de los auténticos artistas al «cambio» que significaba la Revolución frente a una autocracia que todos detestaban. Era difícil de mantener incluso para Ossip, una vez que este pudo observar qué era en realidad el nuevo régimen. Mandelstam seguía creyendo que el *juramento excelso al cuarto estamento* le obligaba a reconocer la realidad soviética, todo «*¡ja excepción de la pena de muerte!*»²³. Esto es distinto de los viejos bolcheviques o incluso de los que entraron en contacto con estos por vía familiar. En ellos el defecto es una peculiar ceguera para el sufrimiento generado en la construcción de la sociedad sin sufrimiento.

La visión confusa está mucho más presente en Anna Lárina con su *Lo que no puedo olvidar* que en el luminoso *El Vértigo*, de Evgenia Ginzburg. El esfuerzo de rehabilitación de Bujarin emprendido por Lárina y que explica en las páginas 419 y siguientes de su texto se basa en un error consistente en olvidar un hecho esencial. Bujarin fue aparentemente bueno porque perdió, si hubiese ganado quizá habría sido tan repulsivo como sus vencedores. En esto le ocurre lo que a Troski o a tantas facciones que combatieron entre sí desde la Revolución francesa a los totalitarismos nazis, fascistas o socialistas. Incluso antes, ciertas simpatías por Mario o por Catón o por Pompeyo vienen más de su derrota que de su naturaleza. Hay que decir, sin embargo, que, a ojos de la memorialista que seguimos, Bujarin era algo parecido a un buen tipo. Mientras pudo actuó como abogado de Ossip, pero, como todo buen bolchevique, era incapaz de entender como Ossip podía actuar en defensa de personas a las que no conocía de nada y defenderlas pese a no existir ningún vínculo entre ellas.

La descripción de Nadiezhda sobre su entrevista con Bujarin tras la primera detención de Ossip es, de nuevo, esclarecedora. Por un lado, no se duda en ningún momento de la buena disposición del representante de la «derecha bolchevique», del «favorito del partido»; por otro, se le enfrenta a las consecuencias de sus actos:

«Visité a Nikolai Ivanovich Bujarin en los primeros días. Al oír mis noticias, su rostro cambió de color y me hizo un sinfín de preguntas. No me imaginaba que fuera capaz de emocionarse tanto. Recorría a gran velocidad su enorme despacho y de vez en cuando se detenía ante mí para hacerme una nueva pregunta: ¿Le han concedido una entrevista? Tuve que explicarle que ya no se concedían entrevistas»²⁴.

²³ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 187.

²⁴ *Ibid.*, p. 50.

Nadiezhdá oculta el posible motivo de la detención y, por tanto, miente. Por el contrario, se refiere a la bofetada a Tolstoi (no confundir con el autor de *Guerra y Paz*) y la amenaza de este. Bujarin contestaría que por un incidente así no se detiene a una persona. Se trataba de una querrela entre escritores que en un mundo burgués no hubiese tenido otras consecuencias pero que en la Unión Soviética podría llevar al uso del aparato represor por parte del agraviado que tenía cierto poder. Con lo que Nadiezhdá da de nuevo uno de sus terribles veredictos de persona que había entendido bien el sistema: «Bujarin me aseguraba que por la bofetada que dio a Tolstoi no podían haberlo detenido. Yo insistía, diciendo que podían haberlo detenido por lo que les diera la gana. En cuanto al artículo del código, siempre se aplica el cincuenta y ocho, nada podría ser más fácil»²⁵. Recordemos que el art. 58 del Código Penal soviético, puesto en circulación el 25 de febrero de 1927, era un cajón de sastre que permitía incluir cualquier acto o actitud o incluso a cualquier persona bajo la condena de actividades contrarrevolucionarias. En su aplicación eliminó cualquier cosa que se pareciese a la tipicidad o al principio de legalidad.

Y continúa con un duro juicio sobre Bujarin en su condición de teórico: «Como todo teórico, no sabía hacer deducciones prácticas de su teoría»²⁶. Y partidario del terror revolucionario, pronto empieza a percibir que va a ser una de sus víctimas. De hecho, probablemente será la víctima más emblemática de la destrucción del Partido por Stalin: «Este hombre, que conocía las cárceles zaristas y era partidario, por convicción, del terror revolucionario, debió presentir aquel día con peculiar agudeza su propio futuro»²⁷.

Nadiezhdá Mandelstam, que, como hemos dicho, confiesa que le había mentado al no contar todo lo que sabía sobre la posible causa de la detención, el poema sobre Stalin, se ve obligada a explicarnos las justificaciones de la mentira en el sistema totalitario, algo que iba contra la moral que las personas honestas habían aprendido pero que debía modificarse en estas circunstancias. En cierto modo, en su descripción de la entrevista con Bujarin va a mostrarnos cómo se forma la mentalidad del resistente, de quien tiene que sobrevivir durante decenios en el sistema que unos hombres habían pergeñado con sus teorías y otros desarrollado plenamente con sus prácticas:

²⁵ *Ibid.*, p. 51.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

«¿No habrá escrito algo en un momento de ofuscación?». Le respondí que no, unas cuantas poesías disidentes, no peores de las que él ya conocía. Le mentí. Y me siento avergonzada incluso hoy. Pero si en aquel entonces le hubiera dicho la verdad, no habríamos tenido la “tregua de Vorónezsh”. ¿Se debe mentir? ¿Se puede mentir? ¿Está justificada la mentira en nombre de la salvación? ¡Qué bien se vive en condiciones en las que no hay necesidad de mentir! Pero ¿acaso hay un lugar así en la tierra? Desde pequeños nos han inculcado la idea de que la mentira y la hipocresía imperan por doquier. Sin mentir no habría sobrevivido en nuestra terrible época. Y me pasé mintiendo la vida entera: a los estudiantes, en el trabajo, a mis buenos amigos, en quienes no confiaba mucho y que constituían la mayoría. Pero, al mismo tiempo, nadie confiaba en mí: era la mentira habitual de aquel entonces, algo así como una mentira estereotipada. Esas mentiras no me avergonzaban, pero a Bujarin lo engañé conscientemente, por frío cálculo: no podía asustar al único defensor. Y eso era distinto»²⁸.

La llamada tregua de Voronezh fue el breve periodo que Ajmatova describió de forma sombría, pero que en el recuerdo de Nadia parecía casi luminoso.

Esta inversión de los valores que se expresa en la mentira a Bujarin produce una sociedad oprimida por un terrible aparato donde todos deben comportarse de un modo muy determinado. Pero esta forma, evidentemente, no es la que describe la ideología oficial, sino que surge de un duro aprendizaje. Ahora bien, por mucho que los valores estén invertidos, la verdad sigue siendo un bien y en determinados casos la mentira no es un comportamiento normal y esperable, sino que defrauda. La decepción sería aún mayor, claro está, en el caso de un hombre como Bujarin, que en 1934 ya debía ser consciente del grave riesgo que corría. Pero Nadiezhda quería salvar a Ossip y no le importaba:

«Estas fueron nuestras últimas entrevistas. De paso hacia Voronezh desde Cherdyn me acerqué de nuevo a la redacción de *Izvestia*. “¡Qué terribles telegramas nos enviaba usted desde Cherdyn!”, me dijo Korotkova, y desapareció por la puerta del despacho. Salió de allí casi llorando: Nilolai Ivanovich no quiere recibirla [...] Dice que hay un poema [...] No volví a verle. Más tarde me contó Ehrenburg que Yagoda le había recitado de memoria el poema escrito por Mandelstam sobre Stalin y que Bujarin, asustado, abandonó sus gestiones. Antes de que esto ocurri-

²⁸ *Ibid.*, p. 51.

ra tuvo tiempo de hacer todo cuanto pudo y a él le debemos la revisión de la causa»²⁹.

Es decir, Nadiezhda ni se arrepiente de su ocultación del hecho esencial ni piensa que Bujarin se portase mal al alejarse de ellos bruscamente tras conocer el contenido del poema, probablemente el único que sobrevivirá tras las montañas de odas a Stalin que se sucederían. Poesía, por cierto, que al parecer les hizo gracia tanto a Yagoda como Stalin. Según los parámetros de la época Bujarin arriesgó mucho y Nadiezhda le estuvo siempre agradecida. Otra cosa es el verdadero papel de Bujarin en el régimen genocida.

Anna Lárina, viuda de Bujarin, siempre exaltó su figura. Este afecto no tiene causa solo en el apego personal, en el amor de la juventud de Lárina (casi segunda juventud). Tiene su causa principal en la convicción bolchevique. Anna Lárina pensó que el terror revolucionario estuvo justificado y que fueron la desviación estalinista y el culto a la personalidad los verdaderos y únicos engendrados de la desgracia. En el discurso pronunciado por la vieja militante ante el Instituto de marxismo-leninismo del Comité Central del Partido Comunista el 30 de septiembre de 1988 se prueba su persistencia en el error: «Hasta hace no demasiado tiempo, no hubiera podido imaginar que un día me dirigiría a ustedes en este edificio, en este “templo” al que me he enfrentado durante casi treinta años en mis numerosas peticiones por escrito para la rehabilitación de Nikolai Ivanovich. A la hora de la verdad, fue precisamente desde aquí —por cierto, siguiendo instrucciones procedentes de altos estamentos durante el periodo de culto a Stalin, y más tarde por inercia— de donde provino la falsificación de la historia del partido, el famoso *cursillo* estalinista que cubrió una distancia incalculable. Por esta razón, la imagen que teníamos de Nikolai Bujarin y de otros colegas próximos a Lenin estaba tan deformada que apenas se les reconocía»³⁰. Por el contrario, Evgenia Ginzburg al preguntarse por la razón de su conocer de su vida, en lo que se ha llamado vivir la propia vida en vez de que nuestra vida nos viva, encuentra esta respuesta: «Siempre he partido de una idea elemental: la de que la verdad no necesita ser justificada por la adecuación a un objetivo superior. La verdad es la verdad y nada más. Debe ser servida, no servir»³¹.

Es más, Evgenia Ginzburg es consciente de muchas cosas, las que de otra forma percibió Nadiezhda. Y esto se prueba, en primer lugar, en

²⁹ *Ibid.*, p. 52.

³⁰ A. LÁRINA, *Lo que no puedo olvidar*, op. cit., p. 417.

³¹ E. GINZBURG, *El vértigo*, op. cit., p. 851.

cuanto no oculta su alegría por la muerte de Stalin que, sin embargo, fue escandalosamente llorado por muchos seguidores e incluso por algunos perseguidos que no se fiaban de la veracidad de las noticias o sencillamente estaban subyugados por el monstruo:

«Me desplomé en un asiento, con los dos brazos sobre la mesa. Y prorrumpí en violentos sollozos. Se descargó, de pronto, toda mi tensión. No solo la tensión de los dos últimos meses de espera de la tercera detención, sino también la de dos decenios enteros. En un segundo, todo desfiló ante mis ojos. Todas las torturas y todas las celdas. Todas las hileras de fusilados y las innumerables multitudes martirizadas. Y mi vida, mi propia vida, aniquilada por la voluntad diabólica de aquel hombre. Y mi hijo, mi hijo, que había muerto»³².

Además, asumió plenamente la transformación que en ella produjo el gulag. Un cambio que, de todas formas, Ginzburg disimula un poco en el inicio del libro para favorecer probablemente la publicación, que no se produjo. Así, la deportada da algunas frases equívocas muy en contra del estilo de Nadiezdha que, no lo olvidemos, puso sus memorias por escrito aún más tardíamente:

«Y creo que precisamente ese estupor me ayudó a salir con vida. Así me vi no solo en la posición de víctima, sino también en la de observador.

¿Qué sucederá ahora? No es posible que una cosa semejante se liquide sencillamente así, sin la intervención reparadora de la justicia [...]

He tratado de grabarlo todo en mi memoria, confiando en poder contarle algún día a personas honestas, a comunistas auténticos que, ciertamente, más tarde o más temprano quieran escucharme [...]

Ahora me alegro de haberme equivocado. En nuestro partido, en nuestro país, reina de nuevo la gran verdad leninista. Hoy ya podemos contar a la gente lo que ha sucedido y no volverá a suceder jamás.

Estas son las memorias de una simple comunista. Una crónica de los tiempos del culto a la personalidad»³³.

Cabe apreciar, sin embargo, una gran diferencia de este prefacio con lo que se recoge en el texto que circularía en *samizdat*:

«Para que se vea cómo la comunista candorosa e idealista se transforma en un ser que se ha nutrido largo tiempo en el árbol de la ciencia del

³² *Ibid.*, p. 780.

³³ *Ibid.*, p. 27.

bien y del mal, en una persona cuyo paso por tantos sentimientos y dolores le ha servido también para recibir algunas luces (¡aunque muy breves!) en la búsqueda de la verdad. Y lo más importante para mí es que el lector siga no solo la simple crónica de mis sufrimientos, sino también, y principalmente, mi escarpado camino interior»³⁴.

Y es que estos raros libros que diría Orwell que se redactan en el totalitarismo y en el posttotalitarismo deben ser leídos bajo los cánones de la escritura secreta que nos decía Leo Strauss, que señalan hasta el punto en el que es prudente para la propia supervivencia llevar las críticas a sus últimas consecuencias. Ciertamente, el artículo de Strauss publicado por primera vez en 1941, «Persecution and the art of writing», con su clásica distinción entre literatura esotérica y exotérica, donde defiende la libertad del autor de escribir entre líneas como hicieron los clásicos comenzando por Platón, resulta un poco optimista en su lectura del totalitarismo³⁵. El mismo Jünger lo estaba pasando mal en Alemania con la prohibición de publicar debido «a la falta de papel». Pero el totalitarismo soviético en su máximo había superado estas formas más clásicas de censura, tal como recoge la propia Nadiezhda, con experiencia de trabajo editorial. Así, refiriéndose al paso decisivo de Stalin hacia el Realismo Socialista, nos describe una situación «nueva» muy definitoria de los totalitarismos: «La censura, de la que tanto maldicen, es, de hecho, un indicio de relativa libertad de prensa: prohíbe publicar escritos antiestatales. Incluso siendo estúpida, como le corresponde, no puede, a pesar de todo, destruir completamente la literatura. El aparato de redactores estalinistas actuaba de modo mucho más eficaz. En la redacción de la revista *ZKP*, en la cual yo trabajaba, cuando se publicó el artículo de Stalin, comenzó una revisión febril de manuscritos: hicimos cortes y supresiones, desechando todo cuanto no respondía al directo encargo estatal»³⁶.

Aun así, en el posttotalitarismo, que es como los disidentes definieron los regímenes socialistas en Europa a partir de las fechas posteriores a las represiones de 1968 en Praga, sí hubo escritura entre líneas. Por supuesto, se había intentado desde el primer deshielo, mírese *Doctor Zhivago*, aunque los resultados no fueron muy positivos. Pasternak, que no estaba acostumbrado, tuvo que renunciar al Nobel y llevó mal las críticas y el aislamiento. Es también muy indicativo que Evgenia Ginzburg tuviese que publicar en el extranjero su libro, lo mismo que Nadia Mandelstam o que

³⁴ *Ibid.*, p. 854.

³⁵ G. ORWELL, «A mi antojo», *op. cit.*, pp. 191-354.

³⁶ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, *op. cit.*, p. 410.

Requiem, el gran poema de Anna Ajmatova, no fuese publicado íntegro hasta años después de su muerte. Pese a todo ello, es relevante centrarse en el camino interior y la evolución del personaje, en este caso la antigua militante bolchevique.

Es, así, relevante que Ginzburg se tome muy a mal alguna crítica a sus manuscritos cuando circularon por editoriales en las que se venía a decir que solo le había parecido horrible lo ocurrido cuando le tocó a los comunistas:

«Sin embargo, también hubo personas a las que mi libro no les gustó. Una de ellas, para desgracia mía, fue Tvardovski: mientras que la sección de prosa de *Novy Mir* acogía mi manuscrito con simpatía y comprensión, el redactor jefe de la revista, por alguna razón desconocida, lo abordó con una prevención evidente. Me han informado de estas palabras suyas: “solo se dio cuenta de que las cosas no iban bien cuando empezaron a meter en la cárcel a los comunistas. En cambio, cuando se exterminaba a los campesinos rusos, todo le parecía perfectamente normal”»³⁷.

Conviene recordar que, a fin de «alimentar al proletariado de las ciudades», el comunismo de guerra inició un proceso de saqueo atroz del campo. La situación se agravó por el exterminio de los cosacos, primero, y luego de los que se denominó despectivamente *kulaks*, campesinos supuestamente acomodados, es decir, que tenían algún empleado o una vaca. Esta masacre se cebó con Ucrania, donde el genocidio fue generalizado. Muy pocos dijeron nada de esto ni en las filas estalinistas ni en ninguna otra. En cambio, el relato de Nadiezhda sobre algunos supervivientes *kulaks* que conoció en el hospital es enternecedor.

Y por seguir la imagen de Ajmatova, finalmente hay que considerar al juzgar los escritos la especial situación que encuentra el superviviente del sistema carnívoro hasta que descubre que habita en una nueva época, en una época vegetariana. Este de vegetariano es un término de Ajmatova que utilizaría también Nadiezhda. La primera lo recoge en sus recuerdos sobre los Mandelstam: «A pesar de que era un tiempo relativamente vegetariano, una sombra de infortunio y de condena cubría esa casa. Íbamos caminando por Prechistenka (febrero de 1934), de qué hablábamos no lo recuerdo. Giramos hacia el bulevar Gógol y Ossip dijo: “Estoy preparado para morir”. Ya van veintiocho años que recuerdo ese momento cada vez que paso por ese lugar»³⁸.

³⁷ E. GINZBURG, *El vértigo*, op. cit., p. 852.

³⁸ A. AJMATOVA, *Mandelstam*, op. cit., p. 43.

Conviene recordar a este respecto que los perseguidos estaban acostumbrados al anuncio de nuevos momentos, cambios de situación en las que caían personas e ideas y en las que los abusos del pasado se denunciaban para luego recaer en las mismas persecuciones. Por ello, cuando recibe finalmente su certificado de rehabilitación «por inexistencia del cuerpo del delito», se ve en una situación en la que si no se reintegraba al partido totalitario hubiese sido como si no hubiese obtenido el valioso certificado de rehabilitación. Sigamos a Evgenia en este relato:

«Además del certificado, que por lo demás no tuve tiempo de leer por completo, me dio una hoja de su bloc de notas en la que había anotado un número de teléfono.

—y esto, ¿qué es?

—El número de teléfono de la comisión de control del partido. Debe telefonar allí para obtener su reintegración al partido.

—¿Cómo dice?

Me sorprendió tanto aquella inesperada proposición y apareció en mi rostro un desconcierto tan evidente que el coronel se animó un poco y comenzó a mirarme como se suele mirar a un ser viviente.

—¿Es que no quiere usted reintegrarse a las filas del partido?

—Yo... yo...

Era, sencillamente, que no creía lo que estaba oyendo. Me proponían —a mí, que hasta ayer era una paría— entrar de nuevo en el partido de los dirigentes. Mi desconcierto iba en aumento.

—Y, si no, ¿cómo se las arreglará para llenar el cuestionario cuando encuentre trabajo? —me preguntó el coronel, con un tono ya totalmente familiar.

—Puedo poner sin partido.

—Pero usted no es una sin partido. Es un miembro excluido. Piense que la siguiente línea del cuestionario dirá: ¿ha sido miembro del partido? Y si lo ha sido, ¿cuándo y de qué forma lo dejó? Y tendrá usted que escribir la fórmula que figura en nuestro expediente: “Excluida por actividades terroristas, contrarrevolucionarias, troskistas...”. Ya ve usted. Creo que es mejor que telefonee a ese número»³⁹.

El caso de Evgenia es sintomático de la peculiaridad del periodo del deshielo donde se abandonó la violencia del pleno totalitarismo, pero todavía no habían comenzado las persecuciones de quienes se animaron con el deshielo y crearon la disidencia, de un Solchenitsyn o un Sajarov,

³⁹ E. GINZBURG, *El vértigo*, op. cit., p. 842.

algo impensable en los años anteriores. Nadiezhda, por el contrario, cuenta la experiencia de los jóvenes y no tan jóvenes que en los años veinte pasaron de creerse dentro del nuevo régimen a verse claramente fuera. Lo que incluyó a miembros del partido, compañeros de viaje y público en general:

«Pero resulta que el derecho de pertenecer a la categoría de los *nuestros* no es hereditario ni vitalicio. Por ese derecho se lleva y se ha llevado una lucha ininterrumpida y el *nuestro* de ayer puede, en un momento, caer en la categoría de los *otros*. Más aún, en su desarrollo lógico, el principio de la división en *nuestros* y *otros* trae por consecuencia que todo aquel que sufre un resbalón pasa a ser *otro*, por el mero hecho de haber resbalado. El año 1937 —y todas sus secuelas— solo es posible en una sociedad donde esa división ha llegado a su fase final»⁴⁰.

Y, por supuesto, no hay que despreciar las precauciones de Evgenia, muy similares a todos los que habían tenido la experiencia del gulag o sus cercanías. Con su estilo más impersonal y descriptivo, a veces casi sentencioso, Nadiezhda nos describe las características del terror que hacían que todos los entendidos desconfiasen de las aparentes treguas:

«En los años de tregua, cuando amainaba el terror, en la primavera —habitualmente en mayo— y también en otoño solía haber muchas detenciones, sobre todo entre los intelectuales. Con estas detenciones distraían la atención de los fracasos económicos de turno»⁴¹.

Nadiezhda ironiza en ese sentido. Y se ríe de sí misma, de todos los que como ella creyeron poder averiguar que los tiempos mejoraban, que el cambio de uno por otro significaba un cambio real de línea. Esta capacidad no la vuelve cínica, hay un deje de ternura en alguno de sus recuerdos:

«Debido a nuestra increíble ceguera —¡he aquí el poder de las ideas preconcebidas!—, captábamos con interés los rumores acerca de la pugna entre el fiscal y el jefe de la policía secreta, pensando que Vychinski, como jurista profesional, acabaría con la autocracia y el terror de los tribunales secretos [...] Cuando dos grupos se disputan el derecho a disponer sin ningún control de la vida y la muerte de sus conciudadanos, todos los vencidos están condenados a la extinción»⁴².

⁴⁰ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 59.

⁴¹ *Ibid.*, p. 37.

⁴² *Ibid.*, p. 139.

Siguiendo con las memorias de Nadiezhda, una de las claves de su lectura es su demostración de cómo un sistema camino de una sociedad ciudadana, con enormes dificultades y con regresiones como la de 1905, tiene la súbita recaída en la peor de las servidumbres. Es decir, como la Rusia que con altibajos evolucionaba desde la segunda mitad del siglo XIX pudo sufrir una regresión así. La regresión se mostró en múltiples detalles. Veteranas de prisión que sufrieron el nuevo poder bolchevique tuvieron que ver cómo las circunstancias habían cambiado. A Evgenia Ginzburg, una compañera que había pasado por las cárceles del antiguo régimen, le auguró una visita familiar antes del envío a Siberia. Pero como advirtió la propia autora «esas dudas resultaron ser superfluas. La experiencia de la Derkovskaya, adquirida en cárceles zaristas, resultó ser anacrónica. Aquí no había lugar para “el podrido liberalismo” ni tampoco para el “falso humanitarismo”. No me concedieron ninguna entrevista con los míos. No vi nunca más a Aliosha ni a mi madre»⁴³. Esta clave a la que nos referíamos se encuentra en el valor de la persona o más bien en el olvido de ese logro histórico. Toda la cultura de la revolución, incluso de sus diversas facciones que parecen enfrentarse con grandes discrepancias, comparten este elemento, el olvido de lo que efectivamente vale un sujeto humano y también su reducción en nombre de la humanidad futura. Reducción ontológica me atrevería a decir si la palabra no levantase tantas suspicacias. Aunque Nadiezhda se unió a la iglesia ortodoxa desde el origen judío ateo de su pronta juventud, resuenan ecos del casi catolicismo de Ossip en sus palabras. El catolicismo de Ossip no fue explícito y parece especialmente influido por la lectura de Dante. Podríamos decir que la base de la visión de Nadiezhda la toma de Ossip, pero que la clarividencia, la lucidez, la capacidad de describir sin ilusiones lo que efectivamente está sucediendo es propio de ella y parte de su misma experiencia.

Nadiezhda no es indulgente ni consigo misma. Recuerda que en algún momento todos pudieron caer en la barbarie que luego denunciarían, afortunadamente muchas veces hubo alguien para corregirlos. Era en Kiev y ella una adolescente que pronto comenzaría su largo peregrinar con Ossip. Ciertamente era el Kiev en donde si no te mataban unos, los rojos, te mataban otros, los blancos y los negros, especialmente si eras de origen judío. En Kiev y en Ucrania en general la guerra al menos a tres bandas, a cuatro si incluimos a los polacos, fue de exterminio y el denominador común era también la animosidad hacia los judíos:

⁴³ E. GINZBURG, *El vértigo*, op. cit., p. 142.

«En Kiev, en el estudio de Ekster, un amigo de paso, no recuerdo si era Roshal o Cherniak, leyó unas coplas de Maiakovski relativas a cómo ahogaban a los oficiales en el canal del Moika, en Petrogrado. La copla me hizo gracia y me eche a reír, pero Ehrenburg me atacó con furia; me riñó tanto, que hasta la fecha siento respeto por él a causa de ello y también por mí misma, ya que la caprichosa chiquilla que era yo entonces supo escuchar dócilmente y aprender la lección para toda la vida»⁴⁴.

El pecado estuvo en abandonar toda referencia a un humanismo que situaba al hombre en el centro de una forma auténtica, lejos de las referencias a una humanidad que debía ser servida por los medios más inhumanos.

La valoración de la persona tiene un cierto sentido egoísta, o si se quiere algunos de los grandes crímenes, es decir, de los olvidos de la persona concreta, han venido de la exaltación de la filantropía o de la humanidad y de la generalización. El gran pensador Nicolás Gómez Dávila nos habla de este egoísmo al enunciar la crítica al siglo XX: «En este siglo toda empresa colectiva edifica prisiones. Solo el egoísmo nos impide colaborar en vilezas. Hoy los copartícipes terminan en cómplices»⁴⁵.

El gran resistente rumano Nicolae Steinhardt, también de origen judío y converso al cristianismo ortodoxo, en sus impresionantes y también clarividentes memorias *El diario de la felicidad* nos habla de esa referencia al egoísmo: «El vicio de la envidia es incomparablemente más activo que el egoísmo, una enfermedad benigna. El virus de la igualdad nos incita a querer el mal con pasión. El odio hacia los demás puede ser más fuerte que el amor a uno mismo»⁴⁶.

Por ello, la descripción del humanitarismo parte de uno mismo. De la consideración como persona; lo que llama la tantas veces citada Nadiezhda un profundo sentido europeo:

«Es un profundo sentimiento europeo, producto del respeto por uno mismo, por la conciencia del propio valer, de los derechos, necesidades y deseos humanos. El ser humano se aferra a lo suyo y teme perderlo. El miedo y la esperanza están íntimamente vinculados. Al perder la esperanza, perdemos el miedo: no hay motivo para temer»⁴⁷.

⁴⁴ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 177.

⁴⁵ N. GÓMEZ DÁVILA, *Breviario de Escolios*, Gerona, 2018, p. 31.

⁴⁶ N. STEINHARDT, *El diario de la felicidad*, Salamanca, Sígueme, 2007, p. 162.

⁴⁷ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 80.

La renuncia al humanitarismo siempre por un bien superior había sido predicha por Dostoievski desde *Los demonios* a los *Hermanos Karamázov*. Si dios no existe todo está permitido puede leerse también: si todo es sacrificable por el «interés superior», el humano ya no vale nada. Recordemos que en la segunda novela, específicamente en *El poema del Gran Inquisidor*, Aliosha, el hermano cristiano, tras recibir el escándalo que pretende crear con el relato su hermano intelectual Iván, escándalo en el que subyace la decisión que se precipitará al final de suicidarse, imputa a Iván la que podría denominarse la maldición de los Karamazov, maldición que en última instancia es la de toda la *intelligentsia* rusa, pero que en este caso afecta a casi toda la familia, sean o no afectos a la *intelligenstia*:

«—¡Hay en mí una fuerza que todo lo resiste! —articuló Iván, ya con una fría sonrisa en los labios.

—¿Qué fuerza?

—La de los Karamázov... la fuerza de la ruindad karamazoviana.

—O sea, hundirse en el vicio, ahogar el alma en la depravación, ¿no es esto? ¿No?

—Quizá también es esto... solo hasta los treinta años, quizá lo evite, y luego...

—¿Cómo quieres evitarlo? ¿De qué modo? Con tus ideas es imposible.

—Una vez más, a lo Karamázov.

—¿En el sentido de que “todo está permitido”? Todo está permitido, ¿no es así?, ¿no es así?»⁴⁸.

Hay que dejar claro que este «todo está permitido» no se refiere fundamentalmente a la acción sobre los otros, sino que se apunta, como hemos dicho, a la autodestrucción nihilista. En este caso al suicidio tras los treinta años. El texto enfrenta a Iván con Aliosha, el primero, el nihilista que acaba suicidado, el segundo, según el proyecto de Dostoievski, que no pudo culminar, protagonizaría más adelante la vida de un gran pecador y el arrepentimiento subsiguiente. Es relevante la referencia al mal de los Karamázov que en cierta forma es el de la naturaleza humana herida que solo se salvará por quien se deje ayudar por la gracia.

El racionalismo de los medios, la subordinación a los fines, fue la excusa de la destrucción. Lo vieron muchos. Nadiezhda en su persecución, con apenas libros y aislada. Otros como Gómez Dávila en posiciones más cómodas, destilando la biblioterapia: «La salvación se aproxima cuando

⁴⁸ F. DOSTOIEVSKI, *Discurso del Gran Inquisidor*, Barcelona, Arpa, 2018, pp. 73-74.

cada cual confiesa que solo puede salvarse a sí mismo. La sociedad se salva cuando sus presuntos salvadores desesperan»⁴⁹.

Las excusas de la tiranía fueron desenmascaradas por muchos, pero es cierto que su poder era enorme: «El programa racionalista de las transformaciones sociales exigía una fe ciega y la subordinación a la autoridad. Así pues, se restauró la autoridad y apareció la idea de la dictadura»⁵⁰. Nadiezhda observa con peculiar clarividencia que la racionalidad extrema lleva al más irracional culto a la personalidad y esto, de nuevo, es un misterio al que no llegan buena parte de los contemporáneos y ni siquiera de las víctimas que se devanan los sesos intentando averiguar cuándo se produjo la desviación que acabó con sus sueños.

Pero, repetimos, la desviación es temprana, muy temprana; de hecho, es más un camino inevitable que una desviación. Si no ¿cuál es la razón por la que se repetiría en China o en Rumania?:

«¿Quién comprendía que la renuncia voluntaria al humanismo, sea cual fuere el objetivo, no conduce a nada bueno? ¿Quién sabía que al proclamar que todo nos estaba permitido, emprendíamos un camino funesto?»⁵¹.

De nuevo, desde una experiencia vital más limitada, pero desde una lectura agudísima, Gómez Dávila da plenamente en la diana: «Todo individuo con “ideales” es un asesino potencial»⁵².

Y entonces surge la gran cuestión que en su momento planteó Spaemann, quien contestó con dureza a propósito de la «ignorancia» de las masas sobre lo que estaba ocurriendo durante la persecución nazi. ¿Cómo es que nadie lo sabía? Realmente no es creíble y la ignorancia no puede ser utilizada como excusa:

«Después de la guerra, muchos decían que no se habían enterado de nada. No mentían. Pero ¿por qué no lo sabían? Porque no querían saberlo. Una vez hablaba de esto con Carl Friedrich von Weizsäcker. Me preguntó cómo podía, con tan solo diecisiete años, haberme enterado de lo que él nada sabía siendo hijo del entonces secretario de Estado Weizsäcker, y además investigador en temas de energía nuclear. Solo pude decirle que él no había hecho la investigación detectivista que hice yo»⁵³.

⁴⁹ N. GÓMEZ DÁVILA, *Breviario de Escolios*, op. cit., p. 53.

⁵⁰ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 404.

⁵¹ *Ibid.*, p. 509.

⁵² N. GÓMEZ DÁVILA *Breviario de Escolios*, op. cit., p. 84.

⁵³ R. SPAEMANN, *Sobre Dios y el mundo. Una autobiografía dialogada*. Madrid, Palabra, 2014, p. 43.

Nicolae Stenhardt, refiriéndose a la Rumania de 1971, lo expresa también:

«No lo sabía —la respuesta de aquellos a los que les habla de la tortura, de los campos de concentración, de las cárceles, de las confesiones forzadas de los acusados, de los internamientos de políticos en manicomios—, no es una disculpa válida. Nadie está obligado a inventar la pólvora o a descubrir la teoría cuántica. Pero, por otra parte, una inteligencia elemental es un deber. Sobre todo, para un cristiano, que tiene que estar siempre alerta ante las tentaciones. Y la estupidez es una tentación. Y no solo para un cristiano. Y esto a causa de una constatación experimental objetiva: nadie sabe nada, pero todo el mundo lo sabe todo»⁵⁴.

Sorprende en este punto que incluso los hombres inteligentes o más avisados pueden caer en el error trágico, como le ocurrió a Ossip con su poema «El montañés del Kremlin». La falta de precauciones no ya al escribirlo, sino incluso al leerlo, de forma que alguien le delató (y parte de las memorias de su mujer están dedicadas a suponer quién pudo ser), solo se explican conociendo los tiempos, con un afán casi inconsciente de resistencia, con un aullido violento, que, por cierto, en una primera instancia le fue parcialmente perdonado, pero que años después le costaría la vida.

Dejemos aquí constancia de la protesta:

«Vivimos insensibles al suelo bajo nuestros pies,
Nuestras voces a diez pasos no se oyen.
Pero cuando a medias a hablar nos atrevemos
Al montañés del Kremlin siempre mencionamos.
Sus dedos gordos parecen grasientos gusanos,
como pesas certeras las palabras de su boca caen.
Aletea la risa bajo sus bigotes de cucaracha
Y relucen brillantes las cañas de sus botas.
Una chusma de jefes de cuellos flacos lo rodea,
Infrahombres con los que él se divierte y juega.
Uno silba, otro maúlla, otro gime,
solo él parlotea y dictamina.
Forja ukase tras ukase como herraduras
A uno en la ingle golpea, a otro en la frente,
en el ojo, en la ceja,
Y cada ejecución es un bendito don
que regocija el ancho pecho del Osseta»⁵⁵.

⁵⁴ N. STEINHARDT, *El diario de la felicidad*, op. cit., p. 90.

⁵⁵ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 21.

El arresto dará lugar a las especulaciones sobre quién fue el chivato y qué versión del poema leído de forma imprudente fue la que lo produjo. Los sucesos en torno a la detención también prueban el peculiar juego del gato y el ratón que mantenía el totalitarismo con sus víctimas, con los amigos de estas y con la propia inteligencia. En este juego también intervenía la personalidad de los grandes totalitarios. Los episodios en torno a la primera detención de Mandelstam, la forma en que terció Bujarin y la famosa llamada directa de Stalin a Pasternak son muy reveladoras.

Ajmatova lo enuncia de la siguiente manera:

«Al final de su carta a Stalin, Bujarin escribió: “También Pasternak está inquieto”. Stalin respondió que había dado orden de que Mandelstam estuviera bien. Le preguntó a Pasternak por qué no había terciado: “Si un poeta amigo mío cayera en desgracia, yo hasta saltaría muros para salvarlo”. Pasternak respondió que, de no haber terciado él, Stalin ni se habría enterado del tema: “¿Por qué no se ha dirigido a mí o a las organizaciones de escritores?”. “Desde 1927 las organizaciones de escritores no se ocupan de esto”. “Pero él es vuestro amigo, ¿no?”. Pasternak vaciló, pero tras una larga pausa Stalin continuó la pregunta: “Porque es un maestro, un maestro de verdad, ¿no?”. Pasternak respondió: “Esto no tiene importancia”⁵⁶».

Nadiezhdá hace una descripción muy puntillosa del mismo episodio, con un análisis casi notarial. Para ella parece importante destacar el desconcierto de Pasternak, el cinismo de Stalin y que el comportamiento del autor de *Doctor Zhivago* fue decente para los cánones de la época. Se mantendría, así, alejado de algunos de los errores de la *intelligentsia*. Veamos el asunto:

«Pasternak fue requerido al teléfono y se le advirtió quién era el que llamaba. Desde las primeras palabras, Pasternak empezó a quejarse de que oía mal, porque hablaba desde una vivienda comunal y en el pasillo había niños que hacían ruido. En aquellos tiempos esta queja no equivalía aún al riesgo de que se mejorasen en forma de milagro las condiciones de vivienda. Es que en aquel entonces Pasternak iniciaba cada conversación con semejantes quejas. Ajmatova y yo nos preguntábamos quedamente la una a la otra cada vez que Pasternak nos llamaba: “¿Habló de la casa?”. Pasternak habló con Stalin como lo hacía con todos nosotros».

Stalin comunicó a Pasternak que la causa contra Mandelstam se estaba revisando y que todo iría bien. Luego le hizo un reproche inesperado

⁵⁶ A. AJMATOVA, *Mandelstam*, op. cit., p. 50.

do: ¿Por qué no se dirigió Pasternak a las organizaciones de escritores o «a mí mismo» y no hizo gestiones a favor de Mandelstam? «Si yo fuera poeta y un amigo mío se encontrara en dificultades, escalaría muros con tal de ayudarle».

Pasternak le respondió: «Las organizaciones de escritores no se ocupan de esos asuntos desde el año 1927, y si yo no hubiera hecho gestiones, lo más probable es que usted no supiera nada». Luego Pasternak añadió algo a propósito de la palabra «amigo», en su deseo de precisar sus relaciones con Mandelstam, que no correspondían naturalmente al concepto de amistad. Esta precisión concordaba perfectamente con el estilo de Pasternak y nada tenía que ver con el asunto. Stalin le interrumpió con la siguiente pregunta: «Pero él es un gran poeta, un gran poeta, ¿no?». Pasternak le repuso: «Pero si no se trata de eso [...]». «De qué, entonces», repuso Stalin. Pasternak le dijo que le gustaría verle para hablar con él. «¿De qué? [...]». «De la vida y de la muerte», respondió Pasternak. Stalin colgó el auricular⁵⁷.

Pero el valor del escrito de Nadiezhda no puede estar tan solo en la descripción de la desesperanza, sino precisamente en la acción contra toda esperanza. Y ahí, por un lado, hereda la actitud que no duda en denominar europea de Ossip y, además, como rasgo propio y fundamental se basa en una experiencia propia que le permite creer en el afán por la libertad de los hombres y en la bondad de algunos de ellos, muchas veces los más simples y humildes, en una actitud que es dostoiévskana. Realismo y afecto como frutos del sufrimiento parecen unir a estos dos rusos que además concuerdan en su afecto por el cristianismo que les ayudo en su clarividencia. No son, sin embargo, cristianos ilusos que tapan el sufrimiento con ilusiones, sino escritores que encuentran el sentido precisamente una forma tradicional y personal de cristianismo.

La cuestión de la esperanza es compleja. Ocurre lo mismo que con las relaciones personales. Por un lado, son imprescindibles en la vida del ser humano. ¿Cómo vivir sin ambas? Por otro, son una «debilidad» que puede aprovechar el enemigo totalitario para aplastarte.

La contramoneda de la esperanza es la ilusión. Sobre este asunto, el texto de Nadiezhda es complejo. Por un lado, parecerá que la resistencia, entendida como supervivencia, requiere abandonar la esperanza; por otro lado, la misma búsqueda de la pervivencia de la obra de Ossip prueba que se aferraba a una forma de esperanza distinta a la habitual que esperaba en el fin del régimen o en la posibilidad de adaptación a él:

⁵⁷ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., pp. 234-235.

«El ser humano se aferra siempre al más mínimo destello de esperanza; nadie quiere despedirse de las ilusiones: mirar de frente a la vida, la realidad, es muy difícil. Un análisis y unas deducciones serenos exigen un esfuerzo realmente sobrehumano»⁵⁸.

La clave probablemente esté en romper con la ilusión de «felicidad» que había caracterizado en buena medida la vida burguesa previa y que luego se lanzaría como propuesta colectiva durante el socialismo. Los seres sensibles, como hemos visto, al chocar con la realidad tendían a la respuesta más radical, es decir, el suicidio; pero luego muchos, al menos Ossip, aprendieron que la obligación era vivir.

Nadiezhdá refiriéndose a su marido dice: «Su actitud ante la felicidad universal era la misma que ante la individual. ¿Por qué se te ha metido en la cabeza que debes ser feliz? La teoría de la felicidad universal le parecía la más burguesa de toda la herencia del siglo XX»⁵⁹.

No se piense en una forma de estoicismo. Se trata de algo mucho más vital que apuntará a la trascendencia: «¿Quién sabe lo que es la felicidad? La plenitud y la intensidad de la vida quizá sean una noción más concreta que la tan decantada felicidad»⁶⁰.

En última instancia, el juicio sobre la felicidad habría servido tanto para la época anterior como para la que se abrió posteriormente. Recordemos a Gómez Dávila: «Contra el infortunio quizá basten el humor, el ingenio, el carácter. ¿Pero cómo consolarnos, sin Dios, de la insuficiencia de nuestras dichas?»⁶¹. Aunque esto sea duro de aceptar para sujetos que estaban sufriendo tanto como nuestros perseguidos. Junto a los riesgos de la esperanza, el otro gran peligro son las relaciones, los amores, los afectos. Sin ellos, ¿qué tipo de vida se puede llevar? Pero con ellos la vulnerabilidad ante el salvaje totalitario aumenta:

«Por eso, en una vida como la nuestra, era mejor no tener afectos: ¡Cuánto más fuerte se siente la persona que no tiene motivos para estar pendiente de lo que dice el juez de instrucción durante el interrogatorio o tratar de adivinar en sus alusiones o silencios el destino de las personas queridas!»⁶².

⁵⁸ *Ibid.*, p. 111.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 394.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 413.

⁶¹ *Ibid.*, p. 68.

⁶² *Ibid.*, p. 134.

Nicolae Reinhardt cita también el proceso de destrucción que implica crear la desconfianza en todos los desconocidos e incluso el desprecio de estos:

«¿Y ella? Ella está con ellos —claro como el agua—. Está en el otro bando. Sí, ellos han hecho algo que no se había hecho nunca. Ciertamente han traído algo nuevo al mundo. Hasta ahora, si querías perder a un hombre te dirigías a sus enemigos: a la mujer de la que se ha divorciado, al amigo con el que ha discutido, al socio con quien ha litigado en los tribunales; su contribución novedosa, su innovación más significativa consiste en que, para destruir a un individuo, ellos no se dirigen a sus enemigos, sino a sus amigos: a la mujer, a los hijos, a las amantes, a los que quiere y en los que ha depositado humana y tontamente su confianza y su necesidad de afecto»⁶³.

Los cercanos reaccionaban de distinta forma. Algunas veces, por cálculo, disimulaban con verdadera habilidad y esto les funcionaba normalmente cuando la acusación no era extraordinariamente grave (en el contenido, no en las consecuencias penales). Nadiezhda nos cuenta algún caso real difícilmente imaginable en una novela, pero en otros casos lo que se pone en marcha en los allegados es un complejo proceso de reacciones preparadas por el totalitarismo. Un reflejo construido casi como en el método Pavlov que lleva a actitudes y acciones que, si no son hipócritas, son inexplicables. Aquí un relato de Evgenia Ginzburg tomado directamente de la protagonista:

«Cuando, en plena noche, los del Comisariado del Pueblo para asuntos internos vinieron a llevarse a Donzov, que había ido de Zelenodolsk a Kazán para pasar el domingo aquí, la Pitkovskaya fue protagonista de una escena de tragedia antigua. Su corazón, naturalmente, se desgarró de dolor por la suerte de su amado marido, padre de su hijo. Pero dominó este dolor y exclamó patéticamente:

—¡Conque me engañaba! ... ¡Se había puesto contra el Partido!

Sonriendo vagamente, uno de los esbirros barbotó:

—Dale su ropa.

Se negó a hacerlo para “un enemigo del partido”. Cuando Donzov, para despedirse, se acercó a la camita de su hijo dormido, ella se plantó ante el lecho:

—¡Mi hijo no tiene padre!»⁶⁴.

⁶³ N. STEINHARDT, *El diario de la felicidad*, op. cit., p. 31.

⁶⁴ E. GINZBURG, *El vértigo*, op. cit., p. 45.

De hecho, en no pocas ocasiones los propios hijos podían convertirse en el elemento decisivo en la pérdida de alguno de sus padres. En su descripción del paraíso socialista en *1984* Orwell nos lo había vuelto a dejar claro:

«Con esos niños, pensó, la pobre mujer debía vivir aterrorizada. Uno o dos años más y estarían vigilándola día y noche en busca de indicios de heterodoxia. Hoy en día casi todos los niños eran horribles. Lo peor es que organizaciones como la de los Espías los convertían sistemáticamente en salvajes incontrolables, y, sin embargo, eso no producía en ellos la menor tendencia a rebelarse contra la disciplina del Partido»⁶⁵.

Pero Evgenia Ginzburg cuando analiza la forma en que se había logrado sobrevivir incluso a las más terribles decepciones recuerda que solo el afecto permite la reconstrucción de una vida que pueda definirse como humana. Desde la sima más profunda se asciende de nuevo a la categoría de lo humano a través del amor. Algo que en cierto sentido ya había previsto Dostoievski. Evgenia encontró el amor en los campos de concentración y quién sabe si también a Dios:

«El santo alegre se convirtió muy pronto en mi segundo marido. Nuestro amor maduró entre los muertos siniestros, los hedores de la carne putrefacta y las tinieblas de la noche polar. Y durante quince años recorrimos el mismo camino, atravesando todos los abismos, soportando todas las tempestades.

Hoy, todo su mundo extraordinario y luminoso, todos los tesoros que contenía su alma, están cubiertos por un mísero montoncito de tierra en el cementerio Kuzminskoe de Moscú. O acaso estoy a punto de caer en aquel mismo error contra el que me ponía en guardia. Tal vez trato de buscar el alma inmortal allí donde solo yace un cuerpo imperfecto, ya reducido a polvo»⁶⁶.

Aunque algunas declaraciones de las perseguidas pudieran dar la sensación de que en gran medida el mundo del totalitarismo estaba sujeto a la deshumanización que nos describen autores como Orwell en *1984*, lo cierto es que los ejemplos de afecto y resistencia, no sabemos si por su excepcionalidad, aparecen en todas las memorias. Nadiezhda describe el caso de una mujer con dos hijos que simuló su situación de abandono durante

⁶⁵ G. ORWELL, *1984*, Barcelona, Penguin, 2015, p. 32.

⁶⁶ E. GINZBURG, *El vértigo*, op. cit., p. 521.

años solo para poder reunirse con su marido. Simulación en la que participaron los hijos, nada parecidos a los delatores que fomentaba la propaganda soviética o que temía Orwell. Como si los lazos naturales y del afecto se impusieran sobre cualquier presión totalitaria:

«Se debía de tratar, probablemente, de un delito insignificante, ya que en el caso contrario la policía habría avisado a la sección de personal de que se trataba de la esposa de un condenado [...] Los pusieron en libertad en vísperas de la muerte de Stalin, de forma que ya no tuvo una segunda detención. Confío en que todos gocen ahora de prosperidad. Me imagino a esos tres conspiradores —ella y los dos niños—, se hablarían quedamente durante la noche: “Me preguntaron por papá [...] pero les dejé cortados [...] Trataron de convencerme, pero yo no me dí por enterado”. Y la madre: “mantente firme... con tal de que vuelva”»⁶⁷.

Como el aullido de Nadiezhda, también Anna aulló, pero a través de las más impresionantes poesías sobre el sufrimiento totalitario. Ciertamente, Anna transigió con las consabidas alabanzas a Stalin, pero lo hacía para mejorar las condiciones de su hijo en el gulag. Por su parte, la raíz de sus mayores poemas la precisa en su «En lugar de Prefacio» de *Requiem*, prefacio que redactaría en 1957 en pleno deshielo:

«En los terribles años de Yezhov pasé diecisiete meses en las colas de las cárceles de Leningrado. En una ocasión, alguien, de alguna manera, me reconoció. Entonces, una mujer de labios azules que estaba tras de mí, quien, por supuesto, nunca había oído mi nombre, despertó del aturdimiento en que estábamos y me preguntó al oído (allí todas hablábamos en voz muy baja):

—Y esto puede describirlo.

—Y yo dije: puedo.

Entonces algo parecido a una sonrisa apareció por lo que antes había sido su rostro»⁶⁸.

Y en el poema secretamente escrito y guardado tras la detención de Punin en 1935 expresa lo que sintieron tantas al quedarse, lo que padecieron en las colas para llevar paquetes, la desesperanza tras la pérdida de cada nueva y escasa esperanza:

⁶⁷ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 576.

⁶⁸ A. AJMATOVA *Requiem-Poema sin héroe*, Madrid, Cátedra, 2021, p. 103.

«Te llevaron al alba,
 Y fui tras de ti como en un entierro.
 En el ático oscuro lloraban los niños,
 Y ante la imagen sagrada se derretía la vela,
 En tus labios estaba el frío del icono
 Y un sudor mortal en tus cejas... ¡No lo olvidaré!
 Como las viudas de los Strelsy
 Aullaré bajo las torres del Kremlin»⁶⁹.

Y eso que quienes no estuvieron en los campos no tenían conciencia de lo peligroso que podía ser a veces el contenido de esos paquetes, cuando los presos comunes disponían de la vida de los políticos simplemente para arrebatarles lo que se les antojaba. Así, en el primero de sus terribles *Relatos de Kolimá*, «De palabra», Varlam Shalamov describe el asesinato de un pobre ingeniero sencillamente para arrebatarle el jersey, rojo, que le había enviado con enormes sacrificios su mujer⁷⁰. El relato está fechado en 1956.

Nadiezhdá, por usar la imagen de Ajmatova, fue especialmente hábil para describir el prototipo del sujeto de los tiempos carnívoros, el de los grandes asesinatos, e incluso la pervivencia de estos sujetos en la época vegetariana, es decir, cuando el deshielo y la marcha atrás desde el deshielo definieron la Unión Soviética de la época postestalinista. Frente a otras memorialistas, las que escribieron, por ejemplo, sobre el gulag, el retrato de Nadiezhdá es agudo e inmisericorde; muchos le echarían en cara posteriormente su violencia. Claro está que Nadiezhdá no se cierra solo a los chekistas —de alguno hace un retrato sorprendente y frío—, sino que se especializa, si se puede decir, en la *intelligentsia* y luego en los intelectuales en general y específicamente en los escritores soviéticos. Su juicio, tomado de la experiencia de Ossip y de la de Ajmatova, es particularmente duro y no se lo perdonarán. En efecto, lejos de detenerse en la estructura de la Unión de Escritores Soviéticos, donde «El maestro y margarita» ya nos había dejado la crítica definitiva, es todo el entramado, salvo algunos buenos amigos, el que resulta vilipendiado. Apenas se libra algún escritor, algún editor y muy pocos de los nuevos intelectuales. Luego, cuando tras la Guerra Patria Nadiezhdá encuentra un mínimo acomodo en la Educación Superior le llegará el turno a la «Academia» que es igualmente tratada sin piedad, entre otras razones por cómo la trataron a ella

⁶⁹ A. AJMATOVA *Requiem-Poema sin héroe*, op. cit., pp. 109-111.

⁷⁰ V. SHALAMOV. *Relatos de Kolimá*, Barcelona, Minúscula, 2007, p. 18.

en la Universidad cuando llegó el turno a los «cosmopolitas», eufemismo del estalinismo tardío para referirse a los judíos.

Sobre el comportamiento de los intelectuales, la extraña clase rusa que esperaba mucho no solo de sí misma, sino de la propia revolución, Nadiezhda da opiniones que se han hecho canónicas. De un comentario de su propio hermano encuentra la explicación de cómo justificaron los mayores crímenes no tanto en el soborno o la coacción, sino en el efecto mágico de la palabra Revolución. Y no es solo que la Revolución desate las más bajas pasiones, sino que probablemente es ella la más baja pasión:

«Mi hermano Evgueni decía que no fue ni el miedo ni el soborno —aunque hubo bastante tanto de lo uno como de lo otro— lo que jugó un papel decisivo en la domesticación de la intelectualidad, sino la palabra revolución, a la cual nadie quería denunciar. Esa palabra no solo sometía ciudades, sino también a muchos millones de seres. Esa palabra poseía la necesidad de las autoridades de tener cárceles e imponer la pena de muerte»⁷¹.

La manía o la perspicacia antiintelectual de Nadiezhda con frases decisivas sobre el error básico que los cegaba a todos, incluso a los pocos bienintencionados, no hizo mucho por convertirla en un personaje popular cuando salieron a la luz sus memorias. De los que la rodeaban más cercanamente, de los compañeros de generación opinaba:

«Durante los primeros años de la Revolución había muchos amantes de la poesía en el campo de los vencedores. ¿Cómo compaginaban ese amor con su moral de salvajes: “Si yo mato, está bien; si me matan a mí, está mal”»⁷².

Ciertamente, esta maldad era más moderada en la primera época, cuando, por seguir con la imagen de Ajmatova, los tiempos eran más vegetarianos:

«Una vez obtenida la sanción, los escritores de Voronezh sonreían: estaban contentos de que las cosas se hubieran arreglado satisfactoriamente. Vivíamos en una época todavía inocente, vegetariana»⁷³.

Si los carnívoros, los aplastados o devorados y los escritores y la *intelligentsia* salen de estos relatos descritos de forma inmisericorde, otro tanto ocurre con el buen pueblo soviético; su necesidad de adaptación creará

⁷¹ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza, op. cit.*, pp. 2005-2006.

⁷² *Ibid.*, p. 180.

⁷³ *Ibid.*, p. 195.

en general una nación de sujetos miserables contaminados en su conjunto. A veces será el sentimiento del terror, otra la necesidad de sumarse al linchamiento, finalmente una cierta culpa por haber sobrevivido, aunque la supervivencia se vuelve uno de los valores absolutos. Una de las lecciones, sin embargo, es que nada garantiza esa supervivencia. Ni siquiera la colaboración más entusiasta en el crimen más abyecto vale de nada. Es más, ponerse a la cabeza es garantía de lo peor. Yagoda o finalmente el propio Beria son prueba de lo que decimos.

No debemos olvidar que, como recoge con acierto Nadiezhda en un determinado momento, los carnívoros abandonaron toda hipocresía. Y este abandono de la hipocresía incluyó una transformación total de la conciencia humana, más bien su supresión, lo que tendría, por supuesto, una influencia decisiva en el Derecho.

No solo en los carnívoros, sino en toda la sociedad soviética se abandona el menor rastro de los viejos valores. De esta forma se cometen los crímenes sin la menor hipocresía, pues, como dejó dicho el gran clásico: «La hipocresía es el tributo que el vicio rinde a la virtud» o, si se prefiere, un homenaje que el vicio le rinde⁷⁴. Pero, claro, la nueva virtud recibe un nuevo tipo de homenajes y el propio sentido de la hipocresía cambia.

Los cambios son observables en el mismo lenguaje utilizado. Hay palabras que desaparecen, o, si se prefiere, conceptos que desaparecen, se vuelven impronunciables. Por supuesto, uno de ellos es esencial para el Derecho y el propio concepto de responsabilidad personal al que lo hemos vinculado en la larga historia de Occidente. Me refiero a la palabra conciencia. Esta se esfumó a partir de determinado momento. Como dice la misma Nadiezhda:

«Por extraño que parezca, la palabra *conciencia* había dejado de usarse por completo, no se empleaba ni en periódicos ni revistas, ni en la escuela, porque su función era cumplida por el *instinto de clase* al principio y luego por *el bien del Estado*. Esa palabra, sin embargo, se había conservado y funcionaba *dentro*»⁷⁵.

Años antes Orwell había imaginado la neolengua en 1984 y la describe con perfección en su ensayo «La política y la lengua inglesa». Se trata en su último objetivo de hacer que determinadas cosas, ideas e historias, sen-

⁷⁴ LA ROCHEFOUCAULD, *Maximes*, Paris, LGB, «Le Livre de Poche», 1991, p. 114.

⁷⁵ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, *op. cit.*, p. 117.

cillamente no pudieran describirse y desapareciesen. En palabras de una Nadiezhda siempre observadora:

«Un hecho muy característico de aquellos años es que todo concepto se manipulaba en su forma más pura, es decir, absolutamente abstracta, sin tener ninguna cuenta de su naturaleza social, humana y terrenal. De ese modo resultaba más fácil acabar con ellos: no hay nada más fácil, por ejemplo, que demostrar que en ninguna parte del mundo existe la libertad de prensa y declarar a continuación que en vez de consolarse con los sucesos con que se consuelan los míseros liberales, más vale renunciar con valerosa sinceridad a todo intento de libertad. Estos esquemas resultaban convincentes porque las mentes inmaduras no conocían en aquel entonces los matices de los conceptos ni de las definiciones»⁷⁶.

De todas formas, la neolengua admite sus matices. En su novela *1984*, Orwell plantea el funcionamiento de la neolengua en el contexto del totalitarismo triunfante, pero la neolengua, o, si se quiere, la manipulación del lenguaje, puede jugar también para enmascarar la realidad ante la brutalidad de lo que se plantea. En su magnífico ensayo «La política y la lengua inglesa», Orwell da las claves de cómo funciona esa manipulación a fin de hacer digerible en un contexto no totalmente controlado la justificación de lo injustificable: «En nuestros tiempos, el discurso oral y el discurso escrito de la política son, en gran medida, la defensa de lo indefendible. Hechos como la continuidad del gobierno británico en la India, las purgas y deportaciones de Rusia o el lanzamiento de las bombas atómicas en Japón pueden, sin duda, defenderse, pero solo mediante argumentos que son demasiado brutales para la mayoría de los seres humanos y que tampoco casan con los objetivos expresos de los partidos políticos. Por eso, el lenguaje de la política ha de consistir, sobre todo, en eufemismos, en interrogantes, en mera vaguedad neblinosa»⁷⁷.

De todas formas, la pretensión final de la neolengua, la lengua totalitaria de la que nos habla el autor británico en *1984*, es controlar totalmente el pensamiento mediante el sencillo expediente de hacer imposible la expresión de ninguna idea que no encajase perfectamente en la nueva forma de no-pensamiento. En palabras del experto en neolengua que será finalmente depurado en la novela distópica a la que nos referimos:

⁷⁶ *Ibid.*, p. 265.

⁷⁷ G. ORWELL, «La política y la lengua inglesa», en *Matar a un elefante y otros escritos*, Madrid, Turner, 2021, p. 370.

«—¿No ves que el objetivo final de la nueva lengua es reducir el alcance del pensamiento? Al final conseguiremos que el crimen de pensamiento sea literalmente imposible, porque no habrá palabras con las que expresarlo. Todos los conceptos necesarios se expresarán exactamente con una palabra cuyo significado será rígidamente definido y cuyos significados subsidiarios se habrán borrado y olvidado. En la undécima edición ya casi lo hemos conseguido. Pero el proceso tendrá que seguir cuando tú y yo hayamos muerto. Cada año habrá menos palabras y el rango de conciencia será cada vez más pequeño»⁷⁸.

Pero hay que destacar que en pleno juego totalitario, cuando se han desatado con suficiente fuerza las pasiones, ya no es necesario este alejamiento. Aunque continúa la manipulación, esta se hace con imágenes frontales de aniquilación y violencia.

Un ejemplo tomado de las memorias de Lárina son las palabras que utilizó Stalin en lo que era el golpe final a Bujarin para referirse al conjunto de sujetos que de forma más o menos arbitraria unió en la misma cesta para la exterminación:

«Dos palabras sobre los sediciosos, saboteadores, espías y demás. Creo que está claro para todos que los sediciosos y saboteadores actuales, sea cual sea la bandera bajo la que se oculten, troskistas y bujarinistas, hace tiempo que dejaron de ser una corriente política en el movimiento obrero para convertirse en una banda de sediciosos, saboteadores, espías y asesinos profesionales sin principios ni ideología. Se comprende que se deba expulsar y extirpar sin compasión a estos caballeros como enemigos de la clase obrera, como traidores a nuestra patria. Esto está claro y no exige más explicaciones»⁷⁹.

Por supuesto, el cambio del lenguaje implica igualmente un cambio en los comportamientos, en lo que se entendía por admisible o moralmente bueno. En este punto la postura de Nadiezhda, casi diría que como la de Evgenia Ginzburg, es un poco ambivalente. Por un lado, inmisericorde con el proceso de perversión de toda una sociedad, de una generación que además aspiraba a imponer un modelo universal y eterno. Por otro, mantiene a lo largo de sus memorias una esperanza nacida no solo del conocimiento de la propia experiencia, sino de la relación con la forma de ver las cosas de Ossip. Es curioso, no sé si es el termino adecuado, que las otras

⁷⁸ G. ORWELL, 1984, *op. cit.*, p. 61.

⁷⁹ A. LÁRINA, *Lo que no puedo olvidar*, *op. cit.*, p. 411.

escritoras a las que nos venimos refiriendo, especialmente Evgenia Ginzburg y Ajmatova, tuviesen la misma experiencia de que algo se impone a la desmemoria totalitaria. Parece que hay una confianza en aspectos de la naturaleza humana, en unos casos, y en la providencia, en otros, que hace que se pueda sobrevivir a la corrupción totalitaria.

Si empezamos por lo primero que hemos mencionado, es decir, por la corrupción casi completa, los textos de Nadiezhda martillean de nuevo con precisión inigualable. Y piénsese que esta autora comienza su denuncia pronto, ya con la terrible masacre de los *kulaks*, no cuando la persecución llegó a los núcleos semiilustrados: «Todo cuanto nos enseñaba la época, la expropiación de los *kulaks*, la lucha de clases, las denuncias y la búsqueda de motivos ocultos en cada acto, educaba cualquier clase de sentimientos, pero no la bondad»⁸⁰.

Es más, la bondad desaparecía en una perversión que ignoraba, como hemos dicho, la propia hipocresía: «De aquí la hipocresía y falsedad, los grandes defectos del pasado, denunciados por el realismo crítico de finales del siglo XIX. El resultado de esas denuncias fue sorprendente: las personas bondadosas desaparecieron»⁸¹.

Los elementos de corrupción se extendían con fuerza y acababan arrastrando a una parte sustancial de la sociedad que se limitaba a ponerse del lado del más fuerte y del abusador, con matices moralistas de lo que había sido ponerse del lado del poderoso en épocas anteriores. De pronto, incluso quienes habían creído descubrir un comportamiento moral permanente en sociedades y personas se encontraban con que desaparecían:

«Debido a mi ingenuidad, creía que la opinión pública defendía siempre al débil contra el fuerte, al ofendido contra el ofensor, a la víctima y no a la fiera. Me abrió los ojos Lydia Bagritskaia, mejor conocedora de la época que yo. En 1933, cuando su amigo Potupalski fue detenido, se me quejó amargamente: «Antes todo era distinto [...] Cuando se llevaron a Mandelstam, unos estaban en contra, pero otros consideraban que habían hecho bien. En cambio, ahora... ¡Detienen a los suyos!»⁸².

Este cambio hacia los detenidos, los deportados y los perseguidos es muy llamativo. Dostoievski, sin ir más lejos, encontró la comprensión y apoyo militante de las mujeres de los decembristas que los habían acom-

⁸⁰ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 217.

⁸¹ *Ibid.*, p. 216.

⁸² *Ibid.*, p. 59.

pañado en el exilio, pero esto parecía imposible de ver en los momentos en que la Revolución puso en marcha su maquinaria represiva: «Hubo un tiempo en que el pueblo ruso compadecía a los *desgraciados* presos y presidiarios y los intelectuales consideraban como un deber suyo ayudar a los deportados políticos; más todo eso desapareció con el *humanismo abstracto*»⁸³.

El perseguido ya no era un individuo juzgable como tal, sino que se unía a una categoría a la que se combatía categóricamente. De esta forma las viejas muestras de caridad cristiana, convertidas en el siglo XIX en solidaridad humanista, ahora eran traición: «Debemos tener en cuenta que la propia idea de ayuda a los presos políticos estaba en flagrante contradicción con todo nuestro régimen. ¡Cuánta gente habrá sido deportada o recluida en solitarias celdas por el mero hecho de conocer a personas castigadas por los gobernantes!»⁸⁴.

La peculiaridad de la nueva época era, pues, que se convivía con deportadores y deportados, acusadores y acusados; condiciones, por cierto, en las que se podía cambiar o incluso, como vemos en muchos ejemplos, durante los años carnívoros se podía pertenecer a ambas a la vez: «Vivíamos entre personas que desaparecían en el más allá, en el destierro, en el campo de los trabajos forzados, en el infierno y entre aquellos que los enviaban al destierro, al campo, al más allá y al infierno». Esta convivencia con este cambio de papeles explica la propia incertidumbre del momento y la creciente sumisión, una sumisión fatalista. Por otra parte, el sistema había logrado construir una sociedad de castas (con sus posibles caídas en desgracia, eso sí) a través del medio que mejor supo administrar el poder soviético: el hambre. En la Unión Soviética no solo hubo hambrunas provocadas, es que el hambre se convirtió en un rasgo de la vida cotidiana que además era el principal elemento estratificador. A Nadiezhda le «descubrió» esta realidad su hermano en una aguda observación: «Estábamos pasando hambre —me dijo mi hermano cuando regresamos de Armenia—. Pero ahora todo es distinto. Han clasificado a la gente por categorías y cada persona pasa hambre o come de acuerdo con su rango. Se le suministra exactamente aquello que merece»⁸⁵.

El motivo por el que se pudo avanzar en este proceso sin resistencias y se pudo llevar hasta límites insospechados ha sido citado por Nadia y es el

⁸³ *Ibid.*, p. 472.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 53.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 166.

poder de la palabra Revolución. O si se quiere, marcha de la historia, lado correcto de la historia o incluso progreso. Estar en el cambio, unirse a él, permitía realizar actos sobre quienes no pertenecían al nuevo movimiento que hubiesen sido inimaginables con las viejas excusas del bien público o de la honestidad:

«Nos habían inculcado realmente que estábamos en una nueva era y que nuestro deber era subordinarnos a la necesidad histórica que, dicho sea de paso, coincide con los anhelos de los mejores combatientes por la dicha humana. La propaganda del determinismo histórico nos privó de voluntad y de la posibilidad de tener criterio propio»⁸⁶.

Y si el determinismo histórico impedía tener opiniones, servía para justificar las atrocidades:

«Esa enfermedad —letargo, peste, sueño hipnótico— adquiría características especiales en los que cometían terribles acciones en nombre de la nueva era. Toda clase de asesinos, provocadores y chivatos tenían un rasgo común: jamás imaginaron que sus víctimas pudieran resucitar y recobrar el uso de la palabra. También ellos creían que el tiempo se había petrificado, detenido, y este es el símbolo principal de la enfermedad que se describe. Nos habían convencido de que en nuestro país *nueva* era jamás se modificaría nada y que el resto del mundo tendría que llegar a la etapa en que estábamos, es decir, entrar, asimismo, en la *nueva era*, y entonces se acabarían para siempre todos los cambios. La gente que aceptó esa doctrina trabajó honradamente en nombre de una nueva moral que se derivaba, a fin de cuentas, del determinismo histórico llevado a su último extremo. A todo aquel a quien enviaban al otro mundo o al campo lo consideraban arrancado para siempre de la vida. No se les ocurría pensar que esas sombras pudieran alzarse y demandar a sus sepultureros. Por eso en el periodo de la rehabilitación se apoderó de ellos un verdadero pánico»⁸⁷.

Esta aparente irreversibilidad permitía no pensar en las víctimas o al menos que las supervivientes tendrían que adaptarse a la marcha de la historia. Surge así un concepto de impunidad nuevo, el concepto revolucionario. A este se une desde el principio el concepto de terror, que pasa de forma similar a la Revolución francesa, «el modelo por excelencia» del

⁸⁶ *Ibid.*, p. 83.

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 88-89.

terror del gran miedo desorganizado al terror organizado con sistematicidad nunca antes vista:

«Por muy terrible que fuera el terror de los primeros días, no puede compararse con el planificado y masivo exterminio al que el poderoso Estado de *nuevo tipo* condena a sus súbditos de acuerdo con las leyes, instrucciones, disposiciones y aclaraciones emanadas de jurados, secretariados, asambleas y, simplemente, desde *arriba*»⁸⁸.

Si el terror es sistemático termina permeando a toda la sociedad, de forma que el paso por el terror afecta a todos, cambia la sociedad, deja marcada a toda una generación:

«En mi infancia, cuando leía libros sobre la Revolución francesa, me hacía con frecuencia la siguiente pregunta: *¿Es posible salvarse en una época de terror?* Ahora sé con firmeza que no es posible. El que haya respirado ese aire está perdido, incluso si por casualidad conserva la vida [...] Cada capa de población, dependiendo de cómo iba dirigido el golpe contra ella, pasaba su propia forma de la terrible enfermedad que se llama terror, y hasta la fecha no se ha recobrado aún, sigue enferma y no es apta para una vida cívica normal»⁸⁹.

Un cambio que debería ser definitivo en cuanto que las mentes quedarían totalmente transformadas para siempre:

«La gente que construía lo nuevo se esforzaba frenéticamente por demostrar que todas las leyes, como la de *no matarás*, por ejemplo, eran pura hipocresía y mentira. Esa misma Larisa fue la que visitó un día a Ajmatova en la época del hambre y quedó horrorizada al ver en que miseria vivía»⁹⁰.

Nadia es conocedora de la técnica del terror que sufrió y que se aplicó con notable eficacia. En el fondo parece que la verdadera clave está en la intensidad. Los grandes terrores se caracterizan por extenderse y llegar a todos. El soviético, precedente del maoísta o del Khmer, actuaba con una intensidad nunca vista. Con frialdad vuelve el texto de Nadia:

«Para sumir al país en un estado de continuo terror debe elevarse hasta una cifra astronómica el número de víctimas y limpiar en cada piso

⁸⁸ *Ibid.*, p. 190.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 467.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 184.

varias viviendas. Los restantes habitantes de la casa, de la calle, de la ciudad, allí donde barrió la escoba, serán ciudadanos ejemplares hasta el final de sus días»⁹¹.

Los escritos sobre poesía de Ossip Mandelstam arrojan una luz sobre la consideración de nuestro autor respecto al progreso. No se refiere al progreso técnico, sino al progreso literario, idea de la que abomina tanto como de la causa ideológica de esa posición: el evolucionismo:

«La teoría de la evolución es especialmente peligrosa para la literatura, pero la teoría del progreso es directamente mortal. Si se le presta atención a los historiadores de la literatura situados en el punto de vista del evolucionismo, resulta que los escritores no se dedican más que a desbrozar el camino a quienes andan por delante de ellos y no a cumplir la teoría que anhelan»⁹².

Pero, como dirían los escolásticos, *sed contra*, esto es, sin embargo. Ni Nadia, ni finalmente Ajmatova y tampoco Evgenia perdieron la fe. No es fácil deducir si se trataba de una confianza en la trascendencia, más o menos clara en las dos primeras, o una fe en la naturaleza humana. Pasados los entusiasmos de 1989 hay que reconocer que respecto a las circunstancias de 1937 e incluso a las de los años setenta del pasado siglo el intento totalitario no logró su propósito. Según Nadia esta convicción estuvo siempre arraigada en Ossip. Tenía el poeta una desconfianza total en el nuevo Estado que se extendía a la capacidad de este de convencer de forma estable al pueblo:

«Él comprendió muy pronto lo que significaba para la gente el nuevo Estado y no confiaba en su protección. Creía que *el pueblo como juez, juzgaría*. También dijo: *Asciendes hacia años sordidos, oh, so, oh, pueblo, oh, juez*. También yo comparto esta fe y sé que el pueblo emite su juicio cuando calla»⁹³.

Frente a toda la presión del Estado encontramos la afirmación firme del hombre tanto en la poesía como en la actitud vital, si es que ambas eran distinguibles:

⁹¹ *Ibid.*, p. 496.

⁹² O. MANDELSTAM, *Gozo y misterio de la poesía*, Barcelona, Navona Carmina, 2019, pp. 50-51.

⁹³ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, *op. cit.*, p. 245.

«A diferencia de la antigua poesía civil, la nueva poesía rusa debe cultivar no solo al *ciudadano*, sino al *hombre* [...] El carácter hierático, santo, de la poesía radica en la convicción de que el hombre es lo más firme que queda en el mundo»⁹⁴.

Por supuesto, esta divergencia no se manifestaba en una explosión de resistencia, sino de una forma callada, muy rusa, en la que el totalitarismo llegaba casi a pervertir, casi a convencer, casi a vencer, sin lograrlo del todo en cada individuo:

«En los periodos de violencia y terror la gente se esconde en su cascarón y oculta sus sentimientos, pero esos sentimientos son indestructibles y no hay educación que acabe con ellos. Incluso si consiguen desarraigarnos en una generación —y en nuestro país esto se ha conseguido en gran medida— vuelven a resurgir en el siguiente. Nos hemos convencido de ello más de una vez. La noción del bien es, probablemente, inherente al ser humano, y los infractores de las leyes humanitarias deberán, tarde o temprano, darse cuenta de ello por sí mismos o por sus hijos»⁹⁵.

En la amargura del texto disidente, y frente a las creaciones puramente literarias de los terribles finales de obras como *1984* o *Un mundo feliz*, se puede apreciar una confianza en el sujeto humano o, más específicamente, en su capacidad de conocer el bien. Algo que no se pudo pervertir ni con el mayor esfuerzo de perversión de la historia.

Hay motivos para la esperanza incluso en las peores circunstancias, y aun cuando esta esperanza se manifieste en pequeños detalles, no es la esperanza en el triunfo, tampoco en algo parecido a una victoria. Es la conciencia de una capacidad de resistencia de la verdad en lo que Nadia y otros llamaron el pueblo.

No se trata de disimular los efectos del terror. En el texto del *Gran Inquisidor*, a pesar de que podamos inclinarnos por la convicción de que el cinismo del cardenal es injustificado, es cierto que el terror se impone desde el principio hasta el extremo de que la multitud que ha reconocido a Cristo en una plaza sevillana deja que lo detengan sin defenderlo, como pasó en la Jerusalén de quince siglos antes:

«Es tanta la fuerza del Gran Inquisidor, hasta tal punto tiene al pueblo domado, sometido, acostumbrado a obedecerle temblando, que la much-

⁹⁴ O. MANDELSTAM, *Gozo y misterio de la poesía*, op. cit., p. 73.

⁹⁵ N. MANDELSTAM, *Contra toda esperanza*, op. cit., p. 75.

dumbre inmediatamente abre paso a la guardia, y los hombres armados, en medio del silencio sepulcral que de repente se ha producido, lo arrestan y se lo llevan»⁹⁶.

El inquisidor juega con ventaja, como todos los cínicos que hemos visto a lo largo de las memorias de Nadiezhda. En efecto, el inquisidor sabe que Cristo, y con él todo el conjunto de los que podemos llamar los auténticos humanistas, en la concepción de Nadiezhda, están limitados por algo que es a su vez su debilidad y su fuerza, la creencia y el respeto a la libertad humana, sobre la que versa no solo el magnífico escrito de Dostoievski que comentamos, sino también todo el pensamiento de Ossip y de nuestra memorialista. Es posible pensar que fue la convicción de Ossip y el deseo de Nadia de mantener su recuerdo, el sentido de su acción, lo que permitió a Nadia superar el cinismo o la desesperanza que se expresa en fragmentos de su obra y que está presente en los títulos de los dos volúmenes de sus memorias. El inquisidor muestra sus cartas: «No, no tienes derecho a hacerlo, para no añadir algo a lo que fue dicho antes y para no despojar a los hombres de la libertad que Tú tanto defendiste durante tu paso por la tierra»⁹⁷.

La predicción de Dostoievski es singularmente certera en el descubrimiento de la gran careta que utilizarían los revolucionarios triunfantes para engañar a las masas. De nuevo oímos al inquisidor: «Has de saber que ahora, precisamente hoy, estos hombres están más convencidos que nunca de que son libres por completo, pese a que ellos mismos nos han traído su libertad y la han sumido sumisamente a nuestros pies»⁹⁸.

La convicción del inquisidor, que piensa que sobrevivirá incluso a la posible derrota de su postura falsamente cristiana cuando triunfen los revolucionarios y edifiquen la Torre de Babel, es que los hombres son débiles, al menos la mayoría, «son viciosos y rebeldes pero al fin son ellos los que se harán sumisos»⁹⁹ y que no quieren la libertad. La convicción de Dostoievski y el propio Mandelstam es que hay algo en su naturaleza, ayudada indudablemente de forma trascendente, que es inquebrantable y no será nunca destruida del todo.

Conviene introducir aquí el matiz de que en el texto del *Gran Inquisidor* Dostoievski prevé la construcción de una posición revolucionaria

⁹⁶ F. DOSTOIEVSKI, *Discurso del Gran Inquisidor*, op. cit., p. 36.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 39.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 40.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 46.

que, sin embargo, acabaría sumida en el caos. Nadia y Ossip quizá puedan identificar todo el texto del *Gran Inquisidor* con la posición del socialismo triunfante. Nuestra lectura es más compleja. Tras la caída del socialismo real, la previsión de Dostoievski de la inevitable vuelta de los falsos cristianos adquiere un carácter casi profético. Pero sigamos en la lectura anterior a 1989 y mantengamos la identificación del inquisidor con el totalitarismo de los tiempos carnívoros.

Sorprendentemente, la descripción de la Iglesia, fundamentalmente la católica, que define el relato de Ivan Karamazov se parece mucho a la de los comunistas de la primera hora, antes de que se deslizaran hacia la pura corrupción que tan bien pudieron describir Nadiezdá Mandelstam o Evgenia Ginsburg:

«Has de saber que no te temo. Has de saber que también yo he estado en el desierto, que también yo me he nutrido de langostas y raíces, que también yo he bendecido la libertad, con la que tu bendijiste a las gentes, y que me preparaba para ingresar en el número de tus elegidos, en el número de los poderosos y fuertes, ardiendo en deseos de “completar el número”. Pero abrí los ojos y no quise ponerme al servicio de la insensatez. Me volví y me adherí al puñado de los que rectificaban la obra tuya»¹⁰⁰.

BIBLIOGRAFÍA

- AJMATOVA, A., *Mandelstam*, Madrid, Nórdica, 2020.
 — *Requiem-Poema sin héroe*, Madrid, Cátedra, 2021.
 DOSTOIEVSKI, F., *Discurso del Gran Inquisidor*, Barcelona, Arpa, 2018.
 GINZBURG, E., *El vértigo*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2005.
 GÓMEZ DÁVILA, N., *Notas*, Bogotá, Villegas Editores, 2003.
 — *Breviario de Escolios*, Gerona, Atalanta, 2018.
 JORDÁ, E., *Anna Ajmatova*, Málaga, ZUT, 2021.
 LA ROCHEFOUCAULD, *Maximes*, Paris, LGB, Le Livre de Poche, 1991.
 LÁRINA, A., *Lo que no puedo olvidar*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2007.
 MANDELSTAM, N., *Hope abandoned*, London, The Harvill Press, 1972.
 — *Contra toda esperanza*, Barcelona, Acanalado, 2012.
 MANDELSTAM, O., *Gozo y misterio de la poesía*, Barcelona, Navona Carmina, 2019.
 ORWELL, G., 1984, Barcelona, Penguin, 2015.
 — «A mi antojo», en *Matar a un elefante y otros escritos*, Madrid, Turner, 2021, pp. 191-354.

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 64-65.

— «La política y la lengua inglesa», en *Matar a un elefante y otros escritos*, Madrid, Turner, 2021, pp. 359-375.

SHALAMOV, V., *Relatos de Kolimá*, Barcelona, Minúscula, 2007.

SPAEMANN, R., *Sobre Dios y el mundo. Una autobiografía dialogada*, Madrid, Palabra, 2014.

STEINHARDT, N., *El diario de la felicidad*, Salamanca, Sígueme, 2007.